

ADRIANA LASSEL

GRACIAS A LA VIDA...  
A PESAR DE TODO



Derechos reservados 2017  
©Adriana Arriagada de Lassel  
Prohibida su reproducción por cualquier  
medio sin autorización de la autora  
Edición digital: [www.esritores.cl](http://www.esritores.cl)

Desde que Karim nos llamó por teléfono y nos anunció la muerte de Fátima la imagen de mi hermana llegó a mi mente con una claridad inesperada. Volví a ver su rostro sereno y su mirada observadora y algo se rompió en mí, algo que me mantenía unido a los primeros años de mi vida, a mi historia, a mis orígenes.

Fátima y su familia, su casa vieja de una sola planta en el popular barrio de Patronato y los años que vivimos con ella pertenecían a un lejano pasado. Un pasado puente entre mi infancia palestina y mi vida chilena. Cuando con el paso de los años la memoria se oscurece, hay trozos de vida que caen un profundo olvido. Pero si los años amputaron mi memoria no borraron el recuerdo de mis cuatro hermanos ni de aquellos días en que todos vivíamos en la casa de Fátima. No todos, por cierto, porque Kamal había partido a El Cairo aun antes de que nosotros nos viniéramos a Chile.

Ahora Georgina y yo vivimos en un pequeño departamento que nuestro hijo Karim nos arrienda en el sur de Francia, a orillas del Mediterráneo. Este lugar es nuestro refugio, nuestra isla desierta, nuestro observatorio. Es cierto que el lugar es tan hermoso que solo con caminar por sus calles empinadas o por

los senderos que bordean el mar ya se siente uno apaciguado y con una profunda alegría de estar aún en vida.

Mi mujer, observando que me ganaba la tristeza ordenó “salgamos a caminar un rato”, y tomando un chaleco de lana para ella, por si la tarde refrescaba y cogiendo de paso mi vestón de tela azul se dirigió hacia la puerta. Ese día, como otras veces, después de unos minutos de caminar permanecemos inmóviles mirando el mar. Somos una vieja pareja y el solo hecho de estar juntos nos da serenidad. Además nos gastamos buena salud con los bemoles propios a cuerpos cansados, pero no dejo de admirar el bonito rostro de mi mujer que parece ahora más claro que antes con su pelo blanco y más risueño cuando la sonrisa marca las finas estrías que parten de sus ojos.

Sin decirnos nada, yo sabía que los dos pensábamos en ellos, en los emigrantes de Medio Oriente, esos que la tele muestra todos los días, jugándose la vida a muchos kilómetros del sitio donde estábamos, en ese mismo Mediterráneo que entonces era tan azul y tranquilo. Miles y miles de personas por los caminos de Europa, buscando llegar a Alemania o Inglaterra, los niños en brazos de algún adulto, los viejos arrastrando el paso. Habían abandonado su aldea, su ciudad, su país en ruinas. Emigrantes, como nosotros.

Cierto que nosotros habíamos llegado en avión y en esos años de los setenta, el chileno o argentino, el uruguayo o brasileño contaba a su llegada con una ayuda humanitaria mientras que esta pobre gente... Pienso también en Jalil, en Sawsan y en mí cuando llegamos a Santiago. En el aeropuerto nos esperaban Fátima y Samir, su marido. Al lado de ellos estaba Sabah que tendría entonces tres o cuatro años.

Al otro día de la llamada de Karim fuimos a almorzar a un sitio que nos era conocido. Un lugar discreto, alejado del bullicio comercial de la parte baja de la ciudad. La calle del restaurant desembocaba en un espacio arbolado, una especie de placita, donde algunos hombres se juntaban a conversar o a jugar a la petanca. Cerca se encuentra la iglesia Saint Michel, construida sobre la base de una iglesia medieval. Nos gusta este ambiente tranquilo, casi familiar donde, en cierto modo, formamos parte del paisaje.

Mientras que Gina estudiaba el menú le dije sin preámbulos:

-¿Y si fuéramos a Chile?

-Ni lo pienses -responde sin dejar de leer- no llegaríamos nunca al entierro.

No pensaba en el entierro de Fátima. Su

muerte había sonado como una llamada, como si lejanas vivencias de juventud invadieran otra vez mis sentidos. Algo había cambiado en mí. A veces un hecho cualquiera puede cambiar el curso de nuestra ruta, no sabría cómo explicarlo, pero me habían vuelto imágenes, sensaciones y hasta me vi caminando por calles olvidadas de no sé dónde. Me encerré tras un muro de silencio, porque esa es mi historia y no sabría cómo explicársela a Georgina.

Una mujer baja y algo gordita se acercó al mostrador del bar acompañada de un hombre. El barman los saludó al verlos llegar y ella preguntó por alguien. El barman respondió que no había venido ese día. El hombre mira a la gordita y ella dice tranquila: “me es igual”. “¿Qué?, dice el barman, ¿debían encontrarse con él?” “Sí, teníamos una cita aquí, pero es igual, no te preocupes”. El barman insiste “¿estás bien, Madeleine?” “Estoy bien, estoy como tú, como todos: trabajo para comer y mientras que tenga trabajo estoy bien. Anda, sírvenos una copita para mí y para este”. El hombre tras el mostrador tiene una mirada compasiva.

Estamos en una Europa que vive malos tiempos. La crisis económica y la cesantía la vemos y la rozamos constantemente. Por la ciudad, gente joven vaga por las calles en horas de trabajo; algunos comercios han cerrado y el Ayuntamiento disminuye el número de oficinas de correos y municipales.

Nosotros tuvimos suerte: tanto en Chile como en Argelia siempre tuvimos trabajo y si hoy nuestras economías son flacas, nuestro hijo Karim nos ayuda. Hasta entonces la cuestión dinero no me preocupaba, podíamos ir tirando y el espectáculo de la vida no nos costaba un céntimo. Solo nos daba tristeza e impotencia de no poder hacer nada.

Mi mujer supo que en esta ciudad vive una de nuestras amigas de juventud. Karim, que se hace eco de todo lo que puede interesarnos, lo vio en Facebook y se lo transmitió. A mí me ha enviado a veces recortes de diarios que baja de Internet. Así he sabido de viejos amigos de mi generación que han ido partiendo. Es como una plaga. La muerte no descansa. También he sabido de otros que dan qué hablar a los medios como mi amigo escritor Walter Garib o Chahuán, el antiguo director del Centro de Estudios Árabes.

La noticia sobre su amiga ha perturbado a Georgina: “Dijo que está en una Residencia de Adultos Mayores, ¿te das cuenta? ¡No bien murió su mujer y él se deshace de su suegra!”

-¿De quién hablas, Gina?

-De Gaby, Gaby Romo. Pero la encontraré, buscaré donde está y te juro que la encontraré.

Mientras que ella comienza a telefonar a

todas las Maisons de Retraite de Villefranche-sur-Mer yo preparo nuestro café de la tarde que pronto despide su perfume por toda la casa y me voy a sentar al balcón, desde donde vemos el verde paisaje de la colina que nos tapa la vista y que detiene la expansión de la ciudad por este lado del barrio.

Eran dos hermanas. Eliana, la mayor, estudiaba en el Pedagógico con Gina. Gaby era varios años menor que ellas. Es con Eliana que Gina fué a la fiesta del Club Deportivo Palestino donde nos conocimos. Ese fue el primer día de mi nueva vida.

Nosotros, la familia palestina que participaba en la kermesse y ellas, dos jóvenes chilenas que venían a expresar su simpatía por la causa palestina. Eliana, alegre y habladora, peinaba una melena de cabellos castaños, la otra, Georgina hablaba menos pero su sonrisa desarmaba a cualquier interlocutor. Eso lo vi de inmediato al verla con Fátima, mi hermana se veía encantada de explicar algo a la chilena y lo que no podía expresar con su mal castellano lo hacía con sus manos y su rostro animado, luciendo los hoyuelos que se le marcaban en las mejillas al sonreír.

-En Balestina llamamos a estos pasteles kunafa y son fáciles de hacer, poco trabajo pero buen resultado.



Me acerqué y seguí explicando:- se hace una crema con leche y aparte van el cabello de ángel, mantequilla, azúcar y flor de azahar. Son los típicos pasteles orientales que se encuentran en muchos países árabes.

Yo tenía fresca en la memoria la receta de los pasteles puesto que el día anterior también había puesto las manos en la masa, junto a las mujeres de la familia. Todos en la cocina, con buen humor, nos habíamos atacado a la fabricación de pasteles y al maftul, el plato con pollo que se vendería tan bien al día siguiente en la fiesta.

-Estos se llaman “media luna” y se hacen con almendras. Bruébalos, te gustarán, seguía mi hermana.

Si bien fue Fátima la primera en hablarle fui yo quien después no se apartó de su lado. ¿Fascinación, amor a primera vista?, nada de eso, simplemente me sentía a gusto con ella. Con Georgina todo era natural, su risa, sus gestos, sus palabras como si en cierto modo, mi presencia no la perturbara.

Gaby pertenece a otro mundo. Un mundo que ya desapareció, por eso Gina se obstina en traerla a nuestro presente, en sacarla de un lugar donde debe sentirse tan diferente, ni francesa, ni morena de las Antillas ni maghrebina. La juventud de Gaby transcurrió en el mismo país, en el mismo tiempo que

la nuestra y ella supo de nuestras utopías, de nuestro empeño por modificar los desastres del mundo en que vivíamos, eliminar las guerras, combatir los colonialismos, luchar contra la pobreza endémica en el país. Era otra época, nos nutríamos de heroísmo y yo sentía que legítimamente podía llevar la bandera, por ser emigrante, expulsado de mi país natal.

Gaby era comparsa, la que a veces acompañaba al trío que habíamos formado Eliana, Gina y yo. Ella ya trabajaba, no había llegado al bachillerato y la vida le parecía una película en blanco y negro, de una realidad absurda y monótona. Era con nosotros que se divertía.

La voluntad y perseverancia de mi mujer tuvieron su premio: encontró a nuestra Gaby convertida ahora en una mujercita de pelo blanco y algo despistada. Oí o leí en alguna parte que “la belleza existe en el ojo del que mira”. Es cierto. La mirada del enamorado ilumina a la mujer, la hace sentirse bonita, única, feliz. Nosotros dimos felicidad a Gaby cuando vio nuestra mirada calurosa de viejos amigos que surgían de repente de la nada, como obra de algún genio benefactor.

-Es como un milagro-decía- justo el día que me sentía tan infeliz.

-¿Por qué, Gaby?, ¿qué pasó?, preguntamos

Gaby había almorzado en el comedor, como todos los días. A veces la gente habla poco o nada pero ese día uno de los comensales se lanzó en una descripción de cómo era el barrio donde ahora estaban, antes de la guerra. Todos eran de la misma ciudad, casi todos del mismo barrio, así que confirmaban sus palabras o agregaban cosas. “Me di cuenta de que no compartía sus recuerdos- dijo Gaby- ni sus canciones ni sus experiencias de la guerra. Y que ellos no sabían nada de mis recuerdos. Es la soledad completa”.

La abrazamos, bromeamos con ella, era la misma Gaby que necesitaba cariño. Ella agregó: “Hay más, a los postres me sentí urgida para ir al baño, me disculpé y partí como una flecha, pero el baño estaba sucio, alguien no había alcanzado a llegar a la taza, me quedé parada y en eso entró una de las empleadas que trabaja aquí y empezó a gritarme “gente sucia, usted debiera recoger lo que cagó”. No me creyó cuando le dije que no fui yo. ¡ Qué humillación!

La llevamos a pasar el fin de semana con nosotros. Su permiso de salida fue fácilmente resuelto con la directora en nuestra calidad de viejos amigos y compatriotas. Teníamos disponibles el sofá-cama de Karim, que venía sólo en verano y algunos días de fiesta, y sobre todo, teníamos miles de cosas que contarnos. Una vez que llegamos a nuestra casa

me fui discretamente a la cocina, a preparar unos vasos con bebidas, dejándolas que dieran salida a la alegría del reencuentro.

Como si el destino se metiera en nuestras vidas cuando menos uno lo espera, así un detalle en la conversación de las dos mujeres se metió en mi cabeza, perturbándome hasta el punto de que creo que allí comenzó mi imperativo deseo de venir a Chile. Gina contaba a su amiga que mi hermana acababa de morir; “Ah!, Fátima- exclamó Gaby-la mamá de tu noviecita”. Protesté y Gina se rió “pero si era sólo una niña”. Y las cosas quedaron allí. Pero una chispa de verdad comenzó a encender mi entendimiento hasta que horas después lo reconocí en silencio. Es seguro, me dije, que Jalil y Fátima esperaban una alianza matrimonial entre nosotros para que la identidad palestina de la familia fuera resguardada.

Por esos años en que yo estudiaba en un liceo de recoleta, mis hermanos ya habían comprendido que los proyectos de nuestro padre no se cumplirían jamás. Él decía “iremos a otro país, hasta que vuelva la paz y podamos regresar a Palestina”, pero ellos murieron y las tierras familiares y nuestra aldea pasaron a formar parte de Israel. Para Jalil, el porvenir había que prepararlo en Chile y, posiblemente entre sus ideas estuvo este proyecto de matrimonio. No dijeron nunca nada, sólo había un tácito acuerdo,

algo en el aire, una sonrisa o una mirada de Fátima. Para mí, la niña me era indiferente, la ayudaba a veces en sus tareas y ella me respondía con una vaga sonrisa. Ningún sueño erótico de adolescente pasaba por Sabah.

En un país extranjero, donde el recibimiento no siempre había sido cordial, los emigrantes guardaban la cohesión con gente del mismo origen, de la misma región, de la misma creencia. Y si en mi familia no se mantuvo la unidad religiosa eso no fue motivo de desavenencias. Sawsan se casó con un chileno-palestino cristiano, de la generación de palestinos nacidos en Chile y Jalil era tibio en sus prácticas religiosas, como lo había sido nuestro padre. Creo que existía en la comunidad palestina instalada en Santiago una fuerte solidaridad que actuaba como fuerza centrípeta al aspirar al individuo hacia el interior. Palestinos, sirios, libaneses, se sentían bien entre ellos, trabajaban los unos cerca de los otros en el mismo barrio de Patronato donde el árabe era la lengua de la calle y el comercio, la actividad generalizada de los emigrantes.

Salí de ese ambiente al conocer a Georgina. Me fui a estudiar sociología en el mismo campus universitario donde ella cursaba pedagogía en castellano. Conocí otra gente, otros gustos, otra música. Empecé el aprendizaje de ser chileno.

Aquel día, cuando Gaby habló de la noviecita es como si, de pronto, hubiera escuchado lo que yacía silencioso en el fondo de mí. Escuché el leve suspiro de decepción de Fátima. Escuché el ruido de un sueño que se rompe como se rompe el hielo con la llegada del calor primaveral. Escuché mi propia culpabilidad en el fondo de mí, tan imperceptible que no me había dado cuenta hasta ese momento.

Y entonces me dije: ¡Tengo que ir a Chile!

Y me vine a Chile.

Durante las horas del vuelo me asaltó una vaga inquietud: ¿Era justificado mi impulsivo deseo de volver a la ciudad de mi lejana juventud? Con Georgina y Karim vivimos veinte años de exilio en Argel y fuera de un sentimiento de afecto por ese lugar no siento la necesidad de volver precipitadamente para allá. La nostalgia, sí, y el deseo de ver a mi hermano quizás nos lleven un día a dar una vuelta por Argelia. Pero, viajar a Chile...nadie me había invitado a venir a Chile, ¿por qué, entonces, romper nuestra tranquila rutina e imponer a mi mujer-como un capricho de niño- ese tremendo gasto que haría temblar nuestro presupuesto?

Mis inquietudes se esfumaron al llegar al aeropuerto chileno, después de atravesar el sublime paisaje de la cordillera de los Andes y al ver por la ventanilla, cuando tocamos tierra, la silueta de los álamos a lo lejos y la masa yacente de la montaña que acabábamos de admirar desde la altura. A esa emoción se agregó otra aún mayor al ver, entre las personas que escrutaban con la mirada a los pasajeros, a un anciano de cortos cabellos blancos en quien reconocí a mi hermano mayor. La felicidad que sentí entonces fue la mejor respuesta a mis temores anteriores.

Viajar de Paris a Santiago no es sólo cambiar de hemisferio, de hora, de estación del año. Para mí este viaje ha sido un corte de vida y un cambio de tiempo. El tiempo hizo marcha atrás, pero en este regreso al pasado no volví a encontrar ni las calles ni el barrio que conocí en mi juventud cuando Fátima y Samir nos albergaban y Jalil tenía una mirada constante sobre nosotros, los dos menores. Todo estaba cambiado, aunque era el mismo barrio y las mismas calles.

La calle por la que caminé tantas veces siendo muchacho ha perdido el aire tranquilo de antaño, muchas casas se han convertido en locales de empresas pequeñas, una fábrica de carteras, una tienda de zapatos, una lavandería. Por donde antes casi no pasaban vehículos ahora la circulación de autos es constante. La fachada de la casa cambió de color, del gris de antes pasó a un suave color crema. En el interior todo es igual, salvo algunos muebles nuevos.

-La casa apenas cambió, dije.

-Somos nosotros que cambiamos, sonríte mi hermano, saliste de aquí sin bigotes y con cabellos negros y abundantes. Hoy tienes el pelo ceniciento y un respetable bigote nevado.

Cuando dice “de aquí” se refiere a la casa donde ahora estamos, la casa de Fátima. No se



refiere a cuando salí de Chile, con el espanto en la cara, habiendo perdido un hijo y con el otro, niño todavía. Para Jalil yo partí el día que me extirpé de la colonia palestina.

Y otra vez esa desagradable sensación de culpabilidad. Me siento no el hijo pródigo sino el resucitado. Culpable ¿de qué? ¿De haber salido de la casa? ¿De haber hecho retroceder las fronteras de mi vida? O tal vez...Sabah?

-El próximo domingo verás a toda la familia-me dice Jalil-Samia y Esteban están ahora en el trabajo, ya invité a Sawsan y su hijo a almorzar con nosotros. Ahora te mostraré tu pieza y verás a Sabah.

Por la tarde entré en contacto con los otros habitantes de la casa: Samia, la hija de Sabah y su marido Esteban. Estos, jóvenes y entusiastas, insistieron por llevarme a dar una vuelta por los barrios modernos de Santiago. Por cierto que me pareció una ciudad nueva, no recordaba haber recorrido todas esas avenidas, esos puente sobre el río, esos altos edificios y las calles acercándose a las faldas de la montaña en un matrimonio de modernidad y perenne naturaleza sudamericana. Recordé cuántas ciudades por el mundo han perdido su encanto y su tradicional imagen por esta carrera sin límites a la urbanización vertical de celeste apariencia.

Hermoso, en realidad, sólo que este Santiago

me es extraño. Nada se conmovió en mí. Ninguna esquina, ningún Café, ningún sitio referente a mi vida anterior. Era un visitante llegado de otro mundo que todavía no encontraba la ciudad donde la vida era tan exaltante y la muerte tan cercana. Donde por primera vez sentí el amor, su fuerza, su belleza, su felicidad y la impaciencia de reencontrar a la mujer amada después de sólo unas horas de separación; esa felicidad de verla caminar rápido hacia mí, con los libros en sus manos al salir de sus clases y saber que estaríamos juntos las horas que quedaban del día y toda la noche... ¡Gina!

Me presentaron a una mujer de edad avanzada, rostro agradable, sonriente. Sabah. Le hablé, pero su mirada me atravesó, como si yo fuera invisible. “No te reconoce” dijo Samia, “en realidad, a veces no reconoce ni a Esteban. Está en otro mundo” ¿Cómo podría reconocer lo que no existe en su memoria? Cuando era niña conversábamos poco y generalmente se trataba de ayudarla en sus tareas. Hablaba el español sin el acento de sus padres. Era callada, inteligente, tímida. Me agradecía con una sonrisa y se quedaba mirándome. Su mundo era la casa y la escuela ¿Cómo transcurrió esa vida desde los años de su tranquila infancia hasta este cuerpo de hoy sin existencia, sin miradas? ¿Es que existe el ser cuando sólo queda un cuerpo cansado y una mente dañada? Me dicen que no sufre. Es posible. El sufrimiento queda para los que tenemos memoria,

conciencia y mente despierta. Los que observamos los tiempos que nos han tocado vivir, sin grandes esperanzas de ver un mundo sin guerras, sin fanáticos religiosos. Un mundo donde Palestina sea autónoma y dueña de su tierra y de su agua. Amen y volvamos a mi viaje a Chile.

Mis pasos me llevaron al lugar donde por primera vez nos amamos con Gina. Miré las ventanas cerradas de la casa, su exterior elegante y austero y sonreí ¿será todavía el más discreto de los hoteles parejeros de la capital?

El amor ya me había rozado antes con sus tenues alas mágicas. En Jerusalén, la ciudad de oro, conocí a Sara, una bella judía venida de Rusia con sus padres que buscaban escapar de los pogroms y encontrar la tierra prometida. Éramos niños y yo no sabía la hecatombe que nos caería encima a los árabes con esas migraciones que los pioneros del Sionismo estimulaban para judaizar la población de la tierra palestina. Con Sara caminábamos de la mano por las callecitas angostas llenas de tiendas de árabes o bien corríamos hacia la antigua ciudadela de Jerusalén y subíamos a las viejas torres a admirar el panorama bíblico de iglesias, colinas y sepulcros. La habíamos hecho nuestra ciudad aunque ella viniera de la extensa Rusia y yo de una aldea de la región de Galilea. Soñando con las glorias del pasado la imaginábamos el sitio de nuestro futuro. Quizás

nuestros labios nunca se rozaron, pero sí recuerdo nuestros juramentos que clamábamos a toda voz de que al ser mayores nos casaríamos y seríamos el símbolo de una Palestina unida y feliz.

Fue en Santiago donde conocí a la mujer. Tenía ojos de estrella, un traje negro y largo, igual que su cabellera. Me hablaba con palabras tiernas en la lengua de mis padres y busqué, en su cuerpo acogedor, el consuelo a la ausencia de ellos. Me queda el recuerdo de su nombre, Aziza, o quizás fue una ofrenda personal que me entregó para que yo no la llamara con la misma palabra que usaban los demás. Me hizo un hombre y estimuló en mí la ambición de realizar estudios y ser alguien en el país que nos acogía.

Esa tarde, Gina y yo éramos dos niños asustados, pero estremecidos de deseo y de pasión. Olvidé las lecciones de Aziza porque el cuerpo de Gina y sus temblores era un campo inédito para mí y todos mis gestos y caricias fueron nuevos, como si descubriera de pronto el misterio del amor.

Después de esa tarde supe que no quería separarme más de ella. Y el anciano que ahora soy, lleno de un amor juvenil, se fue de prisa al Correo Central, compró la tarjeta postal más hermosa de Santiago, con el fondo plateado de la cordillera y escribió “Te quiero como entonces” a la mujer que me esperaba a orillas del Mediterráneo.

Conocí con ella el camino que sube a San José de Maipo, hicimos excursiones por la montaña y tomamos el tren que va de Puente Alto al Volcán, siempre con algo que comer en nuestros sacos y no sabiendo si volveríamos esa tarde o al día siguiente. Admiramos las casas que hacen su nido en las verdes riberas del río Maipo, el mismo que baja impetuoso e hinchado con el deshielo de la montaña y el agua de sus afluentes.

Pero Georgina era también una conciencia de izquierda, una joven progresista. Conocí con ella la vida en las poblaciones pobres, allí donde los días del chileno transcurren en una realidad dura e injusta.

Cuando supimos que una nueva vida iba gestándose, que Georgina era portadora de un nuevo ser, nos casamos. Con poco entusiasmo de mi familia, creo recordar, aunque no faltó el maftul que Fátima preparó. Los padres de Gina llegaron desde Chillán curiosos de conocer al turquito que les había robado su hija. Por mi parte, seguí con mis estudios de sociología y asumí un trabajo en la biblioteca del Instituto Pedagógico. Ella también empezó a trabajar. A pesar de las dificultades éramos felices. No nos faltó Dios, como se dice por aquí.

Ha caído un frío precoz, acompañado de humedad. Mi piel no ha olvidado este clima, me

voy al mercado de múltiples tiendas de Patronato a comprar una bufanda para enrollarla en mi cuello, como veo que hacen aquí. Después de tanto tiempo siento un bienestar enorme de caminar, como un santiaguino cualquiera, por los vericuetos de este barrio, de hablar con la gente, de reír con ellos, de regatear el precio de la bufanda .Pero soy un hombre ansioso y presiento que mi serenidad de ahora tiene un precio. El precio del dolor.

Reconocí la ciudad de mi juventud, la ciudad donde no corren los vientos. Reconocí las calles de mi viejo Santiago, pero no encontraba a Eliana. Las señas entregadas por Gaby eran falsas o vencidas. Obstinado en querer verla me acordé de Juan, un buen amigo suyo a quien conocí cuando él cortejaba a una estudiante del Pedagógico con la que se encontraba, por las tardes, en la biblioteca. Juan era estudiante en la Escuela de Derecho y, si hizo carrera, podría encontrar sus señas en Internet.

Hablé de mi problema con mis familiares. No sabía cómo encontrar a Eliana, ni el móvil ni la dirección eran válidos. Sólo había esa persona, Juan Pérez, abogado del que aún Gaby había mencionado su nombre. Mi sobrina Samia buscó en Google y ¡milagro de la tecnología!, encontró la dirección de su trabajo. Esta ayuda me dio impulso para volver al día siguiente al centro de la capital, a la calle Agustinas en la cuadra del 500. Me fui caminando

por esa calle conocida y en el número 505 entré al vestíbulo de un lugar austero, pero elegante, y en el cuarto piso llegué a un despacho cuya puerta estaba abierta y adentro, unos hombres jóvenes hablaban en voz alta.

Miraron sorprendidos a ese viejo de melena entrecana que preguntaba por un desconocido. Uno de ellos me explicó que eso ya no era un Gabinete de abogados, sino una oficina de asuntos económicos y comerciales. Perdido el interés por mí empezaron otra vez a discutir dejándome abandonado en la puerta de entrada. Alguien, compasivo, me lanzó: “Pregúntele al conserje, en la entrada, él sabe todo lo que pasa y lo que pasó aquí”.

Que ya no trabaja más, que se jubiló, me dijo el guardia, pero que su hermano Arturo, también abogado, seguía ejerciendo y su Gabinete no estaba muy lejos. Me acompañó a la calle y me señaló con la mano “siga por Agustinas dos cuadras más abajo y en Amunátegui doble hacia la izquierda. A media cuadra verá un edificio elegante, no sé el número pero ya verá en las placas el nombre de este señor o pregúntele al conserje». El buen hombre por poco me acompaña hasta el mismo lugar. Aun cuando ya empecé a caminar agregó: “Lo veo a menudo pasar por aquí”.

Aquello empezaba a parecerse a un laberinto:

dar vueltas para encontrar a un desconocido, para que éste me diera la dirección de su hermano quien quizás me diría dónde puedo encontrar a Eliana Romo, una amiga de hace treinta años. Pero había venido a Chile para, entre otras cosas, hablar con Eliana y no quedaba más posibilidad que seguir dando vueltas y encontrar a ese Arturo Pérez. Lo que Eliana sabía era importante para Gina y para mí. Levanté el pecho, me di ánimo y empecé a caminar las dos cuadras más abajo.

El Gabinete de Arturo no se parecía al de Juan. Sólo el hall de entrada era más grande que toda la oficina de Juan, pareciera que los dos hermanos habían tenido una carrera diferente. En la puerta del estudio estaba escrito el nombre de Arturo seguido de “Asesorías legales financieras y tributarias”. Asomando la cabeza vi que era un lugar con varias puertas donde posiblemente trabajaban varios abogados. Inhibido, despistado, estaba por irme cuando se me acercó una joven. Pregunté por el abogado, di mi nombre y esperé. Esperé unos treinta minutos, cada minuto que pasaba quería partir de allí, pero me quedaba pegado al cómodo sillón de cuero o símil cuero hasta que por fin apareció el mismo Arturo.

Lo reconocí, fuera de sus cabellos blancos y su piel gastada, sus rasgos eran los mismos. El dio muestras de acordarse muy bien de mí. En un



segundo nos encontramos hablando de nuestros tiempos de estudiantes, de tal profesor que había muerto en una razia de los pacos, y que había causado emoción en todas las universidades, y de los famosos bailes de los alumnos de Castellano que juntaban dinero para su viaje a Europa. “Fue en uno de estos bailes que, posiblemente nos conocimos, Juan estaba pololeando con Irma y tú andabas con una bonita chiquilla”, “A no ser que haya sido en alguna manifestación”, agregué. “No, no-dijo riendo- era Juan el de las manifestaciones, no yo”.

Me preguntó por mi vida. Le conté que me había casado con la “bonita chiquilla” y que vivíamos en el exilio, en Francia. “¡Vaya con el exilio dorado”, comentó. Preferí callar y expliqué el motivo de mi visita:

-Buscaba hablar con tu hermano Juan, pero me dijeron que está jubilado.

-Sí, hace varios años, ahora vive en Viña

-¿Cómo está Irma, se casó con ella, supongo?

-Irma sufrió una fuerte depresión después de la muerte de su hijo, no pudo superarlo, murió poco después. Fue terrible lo que pasó con mi sobrino, ¿sabes? No sé cómo cayó en una redada de los carabineros. Él no era de ningún partido, no era un

iluso, vivía en la realidad, quería ser abogado como nosotros. Sólo tenía veinte años, Yassin ¡Veinte años!

-Mi hijo también tenía veinte años y cayó de la misma manera.

- ¡Pero mi sobrino no era del MIR, lo mataron!- respondió, irritado.

Tuve la impresión de que había un malentendido, que me enfrentaba a un pensamiento lleno de prejuicios. El hombre ya recobraba su calma y me preguntaba por mis motivos para querer ver a Juan. Resultó que conocía a Eliana y seguro que su mujer conocía su número de teléfono. Me dio su tarjeta de visita, pidiéndome que llamara al otro día, que él me daría los datos que buscaba. Nos dimos la mano, como si fuéramos amigos de siempre.

No fue al otro día, sino varios días después que, por fin, su secretaria me dictó por teléfono el número de Eliana, con las disculpas de don Arturo que tenía mucho qué hacer.

Estábamos allí, felices del reencuentro, tres hermanos de los cinco que éramos cuando vivíamos con nuestros padres en Jerusalén. Somos las leves astillas que una fuerza violenta desprendió del tronco ancestral. Sawsan miraba a Jalil y me miraba a mí,

sin saber si reír o llorar y al final dijo: “estás parecido, la misma cara del joven que eras, sólo más viejo”. Reí confuso, con lo ojos húmedos y abracé a mi hermana que con los años es la réplica del aspecto físico que tenía mi madre.

Somos personas que quedaron apátridas al comienzo de sus vidas. Como una marea negra, lo que nos sucedió a nosotros se extendió al conjunto de los palestinos. A los que viven adentro, en los llamados púdicamente “territorios ocupados” y a los millones que viven afuera los que no podrán nunca recuperar sus tierras y sus casas. Sus tierras que ya son de otros y sus casas que ya no existen. ¿Qué decía Mahmoud Darwich en su poema? “¿Por qué dejaste solo el caballo?/ Que la casa quede animada, mi hijo. Porque las casas mueren cuando parten sus habitantes”. Las casas mueren también, cuando expulsan a sus dueños.

La presencia de mi familia le da fuerza a mi sentimiento palestino. Me era difícil vivir con la carga nostálgica de un país que conocí tan poco y que se alejó de mí en mi edad adulta. Pero más fuerte que el olvido son las sensaciones que te llegan con la herencia de la sangre. Porque el placer que siento al sentir el perfume de la cocina oriental es el mismo que sentía mi padre y que lleva a Jalil a exclamar ahora: “Este pollito en su salsa es el mismo que hacía nuestra madre en los días de fiesta”, agregando “hay

que comerlo caliente” y ofrece a los demás los platos con burek, las ensaladas y el hígado alineado con vinagre y cebolla.

Como a través de los siglos los festines han servido a la humanidad para sellar pactos, expresar la alegría de un triunfo, celebrar matrimonios o el encuentro decisivo de los que deciden, así sentados a la mesa, también nosotros hemos festejado con bullicio y emoción la alegría de estar juntos. Luego vino el momento de resumir lo que hemos hecho en estos años. Nuestras vidas sencillas no se prestaban a grandes narraciones épicas y aún mi propia historia, más movida que la de ellos se agotó pronto al exponer las etapas por las que había pasado. Lo que sucede es que yo ahorraba de contar los períodos grises y el dolor que oprime al exiliado al recordar a los que quedaron atrás.

Hablamos de nuestro hermano Kamal, que a diferencia de mí había venido varias veces a Chile. Les conté de nuestros encuentros en Argel y en Annaba, de cómo se entendían bien nuestras esposas y nuestros hijos, esa generación para quienes Palestina no era más que una referencia en la historia de la familia: el origen, la esperanza descolorida con el tiempo, un sueño roto, el pasado.

Jalil, que hasta entonces había estado animado y nos ponía canciones palestinas, cuestión de dar ambiente al encuentro, se quedó de pronto

callado, en un silencio que dejaba ver que su espíritu había partido de allí. Un silencio de campos de olivares desnudos, bajo un cielo crepuscular, inhóspito, color metal.

A la hora del té de menta la magia que nos había envuelto ya se había esfumado. Samia se levantó para llevar a su madre a acostarse. Esteban nos servía los pasteles hechos en casa. Sawsan se levantó, buscó entre los discos y al final puso una canción de Feiruz que sacó a Jalil de su sopor, empezando a golpear levemente las manos, siguiente el ritmo de la melodía.

Observé a Tawfik, espesos bigotes que empezaban a encanecer, serio, de miradas y gestos afables. Hace más de treinta años era un joven elegante destinado a suceder a su padre a la cabeza de una industria textil. La familia de su padre pertenecía a la burguesía palestina, la que al cabo de cinco o seis décadas en el país había logrado una situación, un poder y un bienestar económico. Jalil me había dicho, al pasar, que esa fábrica ya no existía y no recuerdo si le pregunté por qué. Así que para entablar la conversación pregunté cándidamente:

-¿Así que ya no trabajas en la fábrica?

Nunca una pregunta tan idiota había sido dicha con tanta inocencia. Como si le hubiera preguntado por su salud, él respondió cortésmente:

-No, la fábrica quebró. Trabajo en el Parque Arauco.

Me quedé sin saber qué responder. Sawsan vino en mi ayuda y me explicó:

-El Parque Arauco es el más grande centro comercial de Santiago. Más de treinta tiendas, cines, teatro, sala de exposiciones y un hermoso jardín al centro. Tienes que ir un día con Samia y Esteban, seguro que donde tú vives no hay nada igual.

-No, por cierto, vivo en una ciudad pequeña.

Tawfik retoma la palabra:

-Déjame explicarte: hace cincuenta años, cuando todavía vivías en Santiago, la producción textil del país satisfacía las necesidades nacionales y aún exportaba. ¿Te acuerdas de Bellavista, en Tomé? Era la más antigua fábrica de paños, fundada por italianos en el siglo XIX. ¿Y Yarur?, la más grande industria textil del país que los inmigrantes árabes levantaron en Chile. En Yarur llegaron a trabajar cuarenta mil obreros y la industria textil palestina llegó a tener ciento sesenta mil empleados. Nuestras fábricas eran las más modernas de Sudamérica. La fábrica de mi padre no era de las más grandes, pero estaba bien ubicada y al lado teníamos una Sala de Ventas al detalle que siempre estaba bien concurrida. Mi padre tenía dos socios, palestinos también, que

eran hermanos. En la década de los sesenta, cuando yo era adolescente y tú, Yassin, manifestabas por la Unidad Popular, la industria textil chilena estaba en su época dorada, nosotros empezábamos a buscar relaciones comerciales con el mercado europeo, ¡qué años aquellos!

Por esos años mis preocupaciones no eran las manifestaciones sino las clases que debía preparar. El niño nos había enfrentado a responsabilidades aunque era, generalmente, yo que las asumía.

-Georgina-le dije- Tengo mucho trabajo este fin de semana. Quédate en casa.

-Ya me comprometí, Yassin. Fui yo misma que propuse este programa de enseñar a leer y escribir a la gente. Estabas de acuerdo ¿ya lo olvidaste?

-No, sólo que cae en mal momento.

-Dejaré la comida hecha en el refrigerador.

-Está bien.

-Y dejaré anotada la cantidad de leche para los biberones.

Las amarras conyugales no siempre eran dulces. Era Gina la militante activa, la que se entregaba, la que se exponía. A esas alturas de mi carrera yo la acompañaba poco. Entonces era

Ayudante en el Instituto de Sociología y daba cursos de árabe en un colegio privado.

Mi sobrino se quedó callado. La música había terminado. Jalil me dijo, con la mirada dura:

-¿Sabes cuándo empezaron los problemas? Cuando la Unidad Popular comenzó a estatificar. La primera industria en pasar a manos del estado fue Yarur. Los obreros se tomaron la fábrica que había fundado Juan Yarur a mediados de los cuarenta. Los Yarur habían edificado para los empleados un centro deportivo, una sala-cuna y una clínica y luego, con Allende, los obreros quisieron ser ellos los que dirijan todo, “administrarla” que decían.

-¿Por qué me hablas en ese tono, Jalil? No tengo nada que ver con eso.

-Tú estabas con ellos, eras del MIR, dijo Sawsan, ¿No te acuerdas del asalto al Banco Nacional del Trabajo?, propiedad de los Hirmas, Said y Kattán. Lo llamaron una expropiación, para nosotros fue un simple acto de bandidaje.

Recordé ese asalto y las discusiones a que se había prestado entre gente que venía a casa. Pero en ese tiempo nuestra preocupación principal era la salud de Said que estaba en una adolescencia un poco difícil.

-Nunca he militado en ningún partido, Sawsan,



soy un hombre de convicciones y libre, definiendo en forma personal, mis ideas. Aún en mi infancia viví la desposesión de Palestina como un drama familiar. Salimos de nuestro país con urgencia y nuestros padres que debían seguirnos se quedaron allá, murieron. En casa les escuchaba hablar del drama de nuestro pueblo, pero para mí lo que me causaba dolor era nuestro drama, que nuestros padres no vendrían jamás. Empecé a tener conciencia popular cuando llegué a la Universidad y conocí a gente que buscaba que reinara la justicia, la paz, la igualdad en el mundo. Mis amigos, mi mujer militaban, es cierto, yo estaba de acuerdo con ellos, pero pocas veces participé en acciones políticas. Y no participé en ningún asalto a bancos, Sawsan. Dime, ¿es por eso que tu marido no me otorgó el préstamo que le solicité?

Sawsan baja los ojos. Tawfik dice que no sabe nada de eso.

-Necesitábamos dinero para que Said pudiera seguir unos exámenes en una clínica. Nuestro hijo vivía concentrado en su mundo, sólo le interesaba la lectura y la música. Por eso no imaginé jamás que iría a una reunión del MIR...

Mi voz se quebró. Era la primera vez que les hablaba de Said y su presencia, tan viva como si estuviera allí entre nosotros, me estremeció. Sawsan se sentó a mi lado:

-Lo siento tanto, Yassin. Pero, ¿de qué sirve hablar de todo eso ahora? Sólo nos hacemos mal.

-Además, agregó Tawfik, no fue la nacionalización de la Unidad Popular que nos destruyó, ni tampoco la expropiación que hizo el régimen militar de Pinochet. Los militares buscaban seleccionar las industrias textiles más competitivas, porque ya comenzaba con fuerza la importación que venía de Asia, sobre todo de China. Pero aun así las empresas menos importantes como la nuestra aguantaban. Lo terrible vino con la crisis de los años ochenta la llamada crisis de la deuda externa. Esto terminó de golpearnos y nosotros ya no pudimos soportar la avalancha de importación extranjera, sobre todo china.

-Sí, fue la importación china que marcó la agonía del textil chileno, dijo Jalil. Miles de obreros perdieron su empleo. Las fábricas fueron cerrando unas tras otras.

-Nosotros cerramos a fines de los ochenta. En 1990 cerró Yarur y creo que lo más doloroso para los chilenos fue la quiebra de Bellavista, seguidas por otras empresas de Chiguayante.

- ¡Qué tristeza!, exclamé, recordando los años en que en Chile, nos calzábamos y nos vestíamos con productos nacionales. ¿Cómo pudo suceder algo así?

-El tsunami de las importaciones, concluyó Tawfik. No fue posible hacerle frente. Y no teníamos ayuda del estado, ninguna política proteccionista, nada. Producir en este país es cinco veces más caro que importar la mercancía.

Los escuchaba y reconocí lo profundo de mi ignorancia con respecto a lo que había sucedido en el país en todos estos años. Sawsan se levantó “mañana es día de trabajo, muchachos. Ya es hora de partir”. Salieron al frío de la noche mientras que Samia y Esteban entraban en su habitación.

Jalil me ofreció un vasito de licor. Se veía que no tenía intenciones de acostarse:

-Creí que Kamal te había informado de la ruina de la familia de Sawson.

-Creo que me habló, pero debo reconocer que se me había escapado de la memoria.

¿De qué hablábamos con Kamal cuando nos encontrábamos? En los primeros tiempos, cuando estábamos recién llegados a Argelia me contaba de Egipto, de sus estudios de ingeniería, de los egipcios. Me habló también de su dolor al conocer la muerte de los padres y nuestra partida a Chile. Y luego, de su impotencia, de su rabia cuando le fue negada la visa para volver a Palestina. “Muerto nuestro tío me encontré solo en El Cairo. Israel me había quitado

los padres, la familia, la tierra, el país”. Sí, en verdad, en algunas de nuestras conversaciones me había hablado de las dificultades de la familia de Sawsan, pero en mí la noticia se había agregado al sedimento de mis sufrimientos. Con Georgina sentíamos que la herida de la muerte de Said era una eterna plaga, porque no sabíamos nada de las circunstancias de esta muerte.

Durante mis primeros años en Argelia me cerré a todo consuelo, me sentía culpable de vivir. La presencia, la fuerza de carácter de mi hermano me ayudaron poco a poco a salir de mi aislamiento, a mirar lo que me rodeaba. Y entonces vi a Gina, valerosa, compasiva, ella que no sólo había perdido un hijo sino también a compañeros de partido. Ella que había perdido la enorme ilusión de un mundo mejor en el que vivir.

-Di, Yassin, tú y tu mujer ¿no han pensado en volver a Chile?

¿Cómo vivir en Chile sin tener medios económicos? La gente de edad cuesta cara, la salud es una olla sin fondo, siempre hay gastos que hacer, consultas a médicos, tratamientos, medicamentos por algún dolorcillo. ¿Qué pasa con los chilenos que hicieron gran parte de su vida en el exilio? No sé por los demás, pero nosotros no tenemos ninguna protección social ni jubilación. ¡Es nuestro hijo y la pensión de Argelia que nos protegen!

-Si viviéramos aquí no veríamos a menudo a nuestro hijo. ¡Chile está tan lejos!- respondo simplemente.

-¿Y por qué tardaste tanto en venir? Te he guardado rencor por eso, ¿sabes? Cuando supe que venías me dije “ con qué se decidió a venir? Bueno, vamos a mostrarle que no nos hizo falta”, pero estoy realmente feliz de tenerte a mi lado.

El licor o el sueño achicaban sus ojos que brillaban al mirarme. Por cierto, volver a verlos me ha estremecido hasta el fondo de mi ser. Pero no quise que nos deslizáramos por la vertiente de la emoción, siempre he tenido pudor para dejar ver mis sentimientos. Por eso le repliqué, cambiando de tema.

-He sido muy feliz en estos días, con ustedes... Pero quería preguntarte, creo que te decepcioné más de una vez.

-¿Cómo, ¿Cuándo?

-Cuando era muchacho, creo que tú y Fátima pensaban en casarme.

Se quedó un momento sorprendido y luego soltó la risotada.

-¿Te diste cuenta?

-Había miradas, había risitas. Se trataba de Sabah ¿no?

-¿Sabah?, ¿Estás loco? ¡Es tu sobrina! No, pensábamos en la hija de uno de los socios de Abdo, el marido de Sawson. Era un buen partido, una buena familia. Pero tú te enamoraste y te fuiste. De todas maneras estaba escrito que no serías rico. Sociólogo, profesor universitario y es tu hijo quien te mantiene.

-Ni rico ni sedentario, reí con mi hermano.

Creo que el licor también se me subía a la cabeza. Nos reíamos con Jalil de las paradojas de la vida. Más aún, le dije, ni siquiera un exilio: ¡tres! Y cuando nos cansamos de reír le respondí, también en árabe, al “leila saida” con que me deseaba una buena noche. Luego me fui a la pequeña pieza que me habían dado, después de cruzar el patio y el parrón que no faltan en ninguna casa de viejo barrio chileno.

Con la noche me fui sumergiendo en el fondo de mí mismo. Pensé en la famosa culpabilidad de haber defraudado a Fátima. ¡Qué estúpido! ¡Cuántas estupideces pueden atravesar la mente de una persona que se cree inteligente y sensata ¡ Un verdadero atentado a mi orgullo!

Afuera, el frío de esa noche de mayo anunciaba la proximidad del invierno. Imaginé las cercanas

pendientes del cerro San Cristóbal sumergidas a esa hora en la oscuridad y pensé en las luces que iluminarían la parte oriental de la ciudad.

El día amanece límpido, pero frío. Hoy me encontraré con Eliana. A las 12h.30. Dormí mal, desperté varias veces escuché el silencio de la noche y en un momento oí un perro ladrar, pero me levanté temprano y me fui al baño de la pieza del fondo. Las casas antiguas tenían pieza y baño para la empleada doméstica...creo que este oficio ya no tiene ese nombre. Muchas palabras que se usaban en mi juventud ya están dejadas de lado y han surgido otras del brazo de las nuevas tecnologías y vestidas de inglés. No hay nada más vivo y sintomático de los tiempos que corren que el lenguaje. Esto que llaman revolución digital ha creado una grieta entre las generaciones. Están los de antes, como yo y los de ahora, los que no conocen más que esta cultura o que se adaptaron rápidamente a ella. Nosotros con Gina podemos navegar por Internet y para ello vamos de vez en cuando a un Ciber Café, pero somos gente a quienes distrae más un buen film, escuchar música, leer un buen libro o simplemente pasearnos los dos por senderos sin rumbo de lugares agradables que instalarnos por horas frente al ordenador. Somos hijos de nuestro tiempo, a la televisión la conocimos en Chile en 1962, antes era la radio que informaba y entretenía. Al ordenador vine a conocerlo en Argelia por los años noventa al igual que el teléfono móvil,



cuando creía al principio, por la calle, que la gente andaba media mala de la cabeza, al verlos hablar y reír solos.

En el comedor encontré a Samia.

Samia es el ejemplo vivo de la nueva generación en los tiempos que vivimos. Una joven de carácter, rostro agradable, mirada franca. Me sonrío al verme y me ofrece la cafetera. Me sirvo café y al pan, ya tostado, agrego mermelada de frutillas. “¿No estás un poco atrasada?”, le digo. Ella trabaja en el Departamento de Informática de un ministerio. Sonríe otra vez “tengo el día libre. Permiso médico, debo pasar por unos exámenes”. Su rostro se ilumina “estoy encinta, tío, después de siete años, por fin me dijeron la semana pasada que estoy esperando un hijo. Usted nos trajo la baraka, tío, soy tan feliz”.

La vida se renueva en la casa de Patronato. Mi hermana Fátima murió hace unas semanas y pronto correrá por el patio otro descendiente del viejo tronco que quedó en Palestina. También me siento feliz.

Mediodía en Santiago. El tradicional cañonazo del cerro Santa Lucía me recuerda que tengo justo el tiempo de ir caminando hacia el Parque Forestal, donde encontraré a Eliana. Cerca de mí siguen aún hablando en voz alta un grupito de cuatro jóvenes con

pinta de estudiantes. Ellas-son dos- llevan la batuta en volumen de voz y a pesar de mis esfuerzos no logro entender de qué hablan. En realidad, no hablan, en el sentido que lo designa la lingüística: el habla, la lengua y el lenguaje. Lo que oigo es una sucesión de palabras o una jerga que no entiendo entre una intermitente sucesión de palabras groseras huevón, concha é tu madre, por la puta y otros componentes de igual tenor. En el momento de levantarme para partir una de las chicas gritaba “si ese huevón es más chueco que la puta madre que lo parió” ¡Pobre lengua castellana!

Me meto por la calle Lastarria que Samia me había recomendado que conociera. La cordillera va perdiendo el esplendo de las primeras horas de la mañana y va cubriéndose de nubarrones que rápidamente ensombrecen la ciudad. ¡Con tal que no llueva! Admiro este hermoso barrio y pienso en ti, Gina, mi amor. No andábamos por aquí en nuestros tiempos. Estas casonas del siglo XIX, bien restauradas ahora, esta calle peatonal tranquila y arbolada, esta sucesión de pequeñas tiendas de artesanía, de antigüedades, de restaurantes y terrazas que invitan a la conversación, todo esto te hubiera gustado conocer, Gina, si hubieras querido venir. Pero dijiste que sin tus padres, ya nada ni nadie te llamaba por aquí. No mencionaste a Said, sólo decir su nombre te hace mal.

Todo el mundo conoce la atracción que puede tener una tumba para hacer peregrinajes o depositar flores por alguien que vivió. Por una tumba se puede atravesar el Mediterráneo para visitar el abandonado mausoleo de los antepasados, como hacen los Pieds Noirs al viajar a Argelia.

Pero Said no tiene tumba.

En las creencias paganas de los pueblos antiguos, como los Maori de Polinesia los cementerios o Marac eran lugares de ceremonias y plegarias donde se honoraba a los muertos. Otros pueblos lo hacían en sus propias casas. Creo que, en el fondo de nosotros mismos, todos guardamos todavía algo del ser pagano que fuimos en otra época.

La veo desde lejos, parada frente al Museo de Bellas Artes. Me sorprende al ver lo feliz que me hace este encuentro. Es dejar de caminar por una ciudad donde nadie te conoce, como si fueras un turista o un extranjero. Santiago forma parte de mi vida, de los mejores años de mi vida. No me gusta ser aquí un fantasma, a lo más, un desarraigado.

Ella avanza hacia mí agitando la mano, su boca se abre en una enorme sonrisa y poco a poco su expresión cambia, lleva sus manos a la cara y empieza a llorar. Conmovero, con los ojos húmedos la

tomo en mis brazos. Como el deshielo en primavera hacer surgir los restos congelados de las víctimas del frío, así nuestro encuentro hizo surgir la imagen de un tiempo pasado. ¿Sería esa imagen de antaño o mi aspecto septuagenario que causaron sus lágrimas? No es extraño, por lo demás, que amigos de largos años se emocionen al encontrarse. Aunque no es exactamente nuestro caso, en nosotros hubo una ruptura total, un abismo que se abrió en abril de 1975, cuando salimos de Chile, hasta el día de hoy, en 2009.

Al principio no era aconsejable enviar cartas para no poner en peligro a los que estaban en el país y después, cuando las cosas se fueron calmando ya no teníamos ganas de hacerlo, ni preguntas, ni reproches, ni quejas, nada. Con los familiares sí, con ellos nos escribimos, necesitábamos saber de ellos, pero la correspondencia se fue espaciando y se convirtió, al final, en los saludos de fin de año. La distancia es un ácido corrosivo que destruye, poco a poco, la fuerza de los sentimientos. Es lo que me sucedió a mí con Jalil y mis hermanas, su recuerdo ocupaba un sitio en mi corazón, pero era un sentimiento tranquilo. Al encontrar a Jalil y Sawsan, al tocarlos, al verlos cambiados por el paso del tiempo, envejecidos, sentí un amor enorme por ellos, por su vulnerabilidad frente a la vida y me dolió no haber podido acompañarlos en el camino tan fugaz de nuestra existencia.

No quise aventurarme en preguntar a Eliana lo único que me interesaba saber. Como decía uno de mis profesores en el Instituto “hay que darle tiempo al tiempo” y decidí dejar correr la conversación, ya no había peligro de quedarme todavía en la ignorancia, Gina tampoco me lo perdonaría.

Pronto reapareció su carácter jovial que los años no habían estropeado y tomándome del brazo me dijo que todavía se puede comer barato y bien en cualquiera de los restaurantes del Mercado Central a donde nos dirigimos con paso tranquilo. Después de contarle de su hermana Gaby, que en estos días acompañaba a mi mujer, y de resumirle nuestra vida en Villefranche-sur-Mer ella se lanzó en una narración de todos los viajes que había realizado después de la muerte de Manuel, su compañero y del matrimonio de su hijo. “Estuve en Francia, viajé con una colega, en París estuvimos en Montmartre, en la Basílica del Sagrado Corazón y nos paseamos por la placita donde están los pintores ¡Solo que hacía un frío! Claro, nuestras vacaciones de verano coinciden con el invierno en Europa, pero es igualmente magnífico poder conocer lugares de los que hemos oído hablar toda la vida. Fuimos también a Toulouse, mi sobrina vivía todavía y Gaby vivía con ella. Nos instalamos en un pequeño hotel, cerca de ellas y durante el día estábamos juntas. No es mala gente el marido de mi sobrina, es normal que quisiera rehacer su vida cuando ella murió. Es comprensible también que no

pudiera guardar a su ex-suegra, pero no la dejó en la calle, le paga su Casa de Jubilación, allí en la ciudad donde ustedes viven.”

La Eliana de ahora se conserva bien. Se peina como antes, una melena media larga pero su pelo es más blanco que negro. Mantiene su carácter de tomar iniciativas, decidir primero y buscar la aprobación de los demás después. Cuando vino el Golpe fue ella que dijo “en caso de peligro yo entro en la clandestinidad y ustedes se asilan”. Busco la mujer comprometida que conocí, la militante del MIR. “Es otra época, Yassin, los que se fueron quedaron con el disco rayado, con los horrores de esos años en la mente. Nosotros vivimos mal durante mucho tiempo, pero al final le dijimos NO al dictador. Le dimos una patada en el culo...eso creíamos en todo caso, pero él murió tranquilo en su cama y muchas cosas quedaron igual. La justicia no existe, Yassin, puedes encontrar hoy día por la calle, como hombres de bien, a los verdugos de antes”.

-Cuando nos asilamos ya no te vimos más, sólo recibimos tu mensaje de la muerte de Said.

-Después de eso entré en la clandestinidad y me fui al sur con Rebeca. Por eso no nos vimos más. Eran tiempos muy duros, muchos compañeros caían presos, eran torturados, asesinados. Otros partían al extranjero. En los años 80 el partido se

dividió, había diferentes tendencias, yo me quedé con el grupo de la corriente histórica, con Andrés Pascal, hasta que él casi cayó en una redada y partió también al extranjero. Cuando vino la transición me retiré, estaba cansada, desilusionada, no habíamos logrado cambiar el país, hubo cambio sí, pero no lo que queríamos, el veneno de los años fatídicos había hecho mucho mal. Ya no milito, Yassin, pero todavía la izquierda representa algo para mí. Ahora son los jóvenes que activan dentro de formaciones políticas. Yo ya estoy desligada.

Su mirada se queda fija en mí. En sus ojos leo una profunda tristeza. Quedamos en silencio.

Un músico popular se acerca a nuestra mesa con su acordeón. Nos tiene en su mira de tiro y, fino psicólogo, adivina que somos clientes de vieja música. Se pone a nuestro lado y se lanza con el tango "Madreselvas".

-Comprendo tu posición, porque también la comparto. Gina y yo no hacemos política ni miramos al pasado, pero nos interesamos en nuestro presente. De vez en cuando escribo para una revista de Sociología. No somos indiferentes a los problemas y al sufrimiento de nuestro tiempo. Nos duelen las guerras en Medio Oriente, todo el apocalipsis que cayó sobre esta región después de la invasión norteamericana de Bush.

El acordeón expande su melancólica melodía por todo el restaurant, “madreselvas en flor/que me vieron nacer”. Casi sin pensarlo, agrego “pero para tener paz en el alma, Eliana, hay algo que debemos saber”.

-Sí, ya lo sé.

Lo que me viene enseguida al recuerdo de esos años es la música. Había como una primavera constante de música. Nuestra realidad, nuestros campesinos, los discriminados, los olvidados eran cantados por Víctor Jara, por Violeta Parra, Rolando Alarcón y tantos otros. ¿Te acuerdas de la canción “doña Javiera Carrera”? país joven que éramos y ya teníamos nuestros mitos, nuestras leyendas, doña Javiera que bailaba la refalosa y que “su patria libre quería”. Y Rolando Alarcón que cantaba también al alma americana “si somos americanos/somos hermanos, señores/el blanco, el mestizo, el indio/ si somos americanos/seremos todos iguales...”

La voz de Eliana se aleja. Me habla de doña Javiera Carrera que para mí no representa nada. Conozco poco la historia colonial de Chile. La música, lenguaje universal nos lleva a la emoción, a la reflexión y también a nuestra identidad. La identidad guarda en la memoria sonoridades de la infancia y de la vida pasada. Los sonidos de mi infancia me llevan a Jerusalén y a Lubyá. Los Parra, Víctor Jara,



Rolando Alarcón llegaron a mis oídos en mi segunda vida.

-Había un aire de fiesta en todas partes, sigue hablando Eliana, en las manifestaciones, en las reuniones políticas, en las Peñas. Nuestras almas se nutrían de ilusiones y la música era nuestro condimento. Las canciones, en nuestra lengua chilena, las coreábamos a todo pulmón como si nuestras voces tuvieran el poder de trizar el poder oligárquico que nos dominaba. Los poetas escribían canciones, Neruda era recitado por la gente, Violeta Parra era el símbolo de nuestra cultura popular.

-Eran los años de las campañas presidenciales por Salvador Allende. Tú sabes de esta época, Yassin, tú la viviste también aunque a veces desaparecías, ocupado por tus clases. Yo te admiraba. Tras tu apariencia tranquila traslucías un carácter fuerte, tus ojos negros tenían un brillo que ya no veo, pero guardas la misma mirada dulce y penetrante. Georgina y yo te conocimos el mismo día en una fiesta del Club Palestino, me gustaste, pero tú sólo tenías ojos para Georgina. Estaba escrito, como dirías tú.

Eliana me mira. Mi silencio la invita a continuar.

-Said vivió esos años con la fe más pura de su juventud. Un día lo escuché tocar guitarra y cantar

en vuestra casa. Era una guitarra pequeña de esas que se usan para aprender. Tenía una voz suave y bajita. Aún lo veo cantando a Víctor Jara: “Vuelan mariposas/cantan grillos/la piel se me pone negra/ y el sol brilla, brilla y brilla”. Víctor Jara era su cantante preferido.

-Su canción merecía un instrumento mejor. Hacía años yo había comprado una guitarra española, una magnífica guitarra condenada al silencio. Para Manuel solo existía la trompeta y mi hijo no parecía interesarse por la música. Para él solo contaba el fútbol. Le dije a Said que tenía una guitarra muda que tal vez él podía darle vida. Le dije que podía usarla, si quería. Es por eso que fue a mi casa.

-¿No había una reunión del MIR en tu casa?

-No había reunión del MIR en mi casa, Yassin, y tu hijo no era de nuestro partido. Era un joven lleno de ideales que estaba construyendo su personalidad. Le gustaban la poesía, la música, el teatro. Habría sido un artista, un auténtico artista. Yo era la mejor amiga de sus padres y le había ofrecido una guitarra, por eso vino a mi casa.

-Geogina y yo militábamos en el MIR desde hacía años, desde el Pedagógico. Creíamos en Miguel Enríquez, en su manera de exponer nuestra situación nacional y en los cambios que deberían hacerse. ¿Cómo aceptar que los obreros vivieran

tan mal, ellos que eran el cimiento de la riqueza del país, junto a los campesinos? Con el MIR conocí la miseria de la gente del campo, sometidos a los latifundistas. Participé en la vida de los pobladores y estuve en algunas “tomas”.

-Después del Golpe vino un período terrible. La represión cayó sobre toda la izquierda y naturalmente sobre nosotros. Los dirigentes debían cambiar continuamente de casa. Ofrecí la mía, mandé a mi hijo a casa de mi madre y recibí dos militantes, una pareja.

Eliana calla. Yo respiro apenas.

-De pronto llegaron, golpeando brutalmente a la puerta. Nos pidieron nuestros carnets de identidad, nos identificaron y nos ordenaron que saliéramos a la calle. Afuera había dos autos, algunas personas se apresuraban a volver a sus casas antes de que cayera la noche. Said estaba blanco como papel, la compañera me miró largamente. Había en sus ojos todo un mensaje de solidaridad, de valor. No lo voy a negar, todos estábamos angustiados. Antes de subir al auto alcancé a ver a Gaby, que nos miraba desde la acera del frente. Si hubiera llegado unos minutos antes a mi casa, también habría caído presa. Así fue como ella corrió a la casa de ustedes para avisarles.

-Sí, gracias a ella nos escondimos donde un familiar de Georgina.

-Gaby avisó también a nuestra madre. Me contó después que había corrido por Vicuña Makenna, porque a veces los buses tardaban en pasar. Después se fue a su casa antes de que la pillara el toque de queda, su hija estaba sola, no sé si recuerdas que el marido se había largado hacía años. Era un invierno frío y lluvioso, pero ese día de junio el cielo se había mostrado generoso y límpido. En el camino al Estadio Chile sólo se oía el ruido de los vehículos que por la noche se apoderaban de la ciudad para salir de caza.

Eliana permanece absorta. Luego me mira:

-Sabes, Yassin, mi familia no era particularmente unida, antes del Golpe pasaban semanas sin que viera a mi hermano José y a veces mi mamá se quejaba de que iba poco a verla. Con la que más a menudo me veía era con Gaby, pero cuando allanaron mi casa José lo supo de inmediato porque Gaby había corrido a contarle.

-José era agente de la DINA, de los que llegaba en grupos operativos a realizar allanamientos o le seguía la pista a alguien que se buscaba. Mi detención lo supo por nuestra propia madre, porque vivía con ella. Era un hombre de pocas palabras, seco.

Menor que yo. No era violento ni violador. Su placer era otro, su placer era el sufrimiento, el dolor de los demás, ya de niño tenía ese carácter. Recuerdo que una vez, cuando éramos chicos, mi madre recogió una gata preñada y le puso una canasta en el patio. La gata parió y los gatitos empezaron a crecer. Un día no había ninguno, José los había ahogado en la artesa, uno a uno. Contaba, riendo, que los animales maullaban, desesperados, antes de hundirse con el vientre lleno de agua.

Al salir del Mercado Central nos enfrentamos al tránsito tupido de buses y autos. Buscando el pasaje de peatones nos acercamos a la magnífica construcción de la antigua estación central, hoy centro de cultura, según me explicó Eliana.

-Si mi hijo hubiera estado conmigo en el Estadio Chile habría sabido reconocer el lugar, se llevaba metido en los estadios. Es posible que hubiera reaccionado con más frialdad que Said y yo. A nosotros nos parecía haber caído en un mundo de tinieblas, en una realidad indecible. Ese lugar era dantesco, nos rodeaban rostros serios, inquietos o imperturbables de hombres y mujeres de diversas edades y apariencias. La conversación en voz baja creaba un murmullo que daba vida al lugar y calmaba, en cierto modo, mis nervios. Te lo aseguro, Yassin, mi mayor preocupación era Said.

-¿Por qué dices que tu hijo hubiera reaccionado más fríamente?

-Tú sabes lo sensible que era...

-Era un joven normal, le digo irritado.

No responde.

-Después unas compañeras se acercaron y empezamos a hablar en voz baja. Los que salían de allí al interrogatorio-la tortura- a veces no volvían, me contaban. Lo comprobaría poco después cuando se llevaron a los dos dirigentes que estaban en mi casa y no volvieron. Desaparecieron. Vinieron unos hombres y se los llevaron, uno de ellos tomó del brazo a Said para llevárselo también, quise interponerme pero él me dio un empujón “hazte a un lado, mierda” y se fueron...Said me miraba con grandes ojos asustados.

Eliana baja la cabeza y solloza. Yo retengo mis lágrimas.

-No sé cómo pude cabecear unos momentos en esa noche terrible. Imaginé el estadio Chile y toda la ciudad cubierta por las sombras. En algunas casas, la gente hablaría en voz baja, temerosas de que su voz los denunciara. Otros, buscando la esperanza

en lo profundo de ellos mismos escucharían emocionados en un volumen casi inaudible, las últimas palabras de Allende en La Moneda. En los barrios iluminados, los momios bailarían sobre los cadáveres de la democracia, del Presidente y de los que estaban ahora muriendo. Al despertarme, Said estaba junto a mí, sentado en el suelo. Lo abracé, le pregunté qué había pasado. No respondió.

-Por la mañana vi acercarse a mi hermano. “Ven conmigo” me dijo. “No salgo de aquí sin este joven” le murmuré. Lo miró, no dijo nada y lo seguimos. Nos hizo salir de ahí y ya en la calle me amenazó “si te vuelven a agarrar no haré nada por ti”.

Quedé perplejo. ¡Habían salido del estadio! ¿Todas nuestras pesadillas al imaginarlo torturado, asesinado eran solo elucubraciones de nuestros espíritus atormentados? ¿Cómo llegó entonces la muerte? ¿Cómo murió mi hijo?

Pero Eliana ya proseguía: “Entonces decidí pedir ayuda a Rebeca. Ella nos llevó a un lugar seguro en Renca. Fue allí que Said desapareció”.

Eliana me miró con ojos de perro apaleado. Habíamos llegado a la parada de buses. Me senté, con voz ronca le pregunté si podíamos encontrarnos

con Rebeca. Me afirmó que sí, que estaba esperando recibirnos. Pienso en Gina y ya quisiera contarle que no hubo la violencia que imaginábamos. Quizás el recuerdo será más suave al imaginar que se fue con el rostro sereno. Este mundo no era para él.

¿Cómo no recordar a la familia Rabinowitz, de historia en cierto modo parecida a la nuestra? Nosotros huyendo de una guerra que nos despojaba de todo, ellos abandonando su aldea en la tierra de Polonia para escapar de la violencia y el racismo. Nosotros musulmanes, ellos judíos. Amigos. Nadábamos en las mismas aguas donde la religión no era lo más importante y al final, ésta pasó a ser un fondo de identidad que no emergía a la superficie. Daniel, el mayor nació en Polonia y llegó niño a Chile. Como yo. Rebeca vio la luz en el nuevo país y no lo cambiaba por ningún otro.

Al igual que los árabes emigrantes, muchos judíos pobres comenzaban a defenderse por medio del comercio. Al fondo de un boliche sin poesía, el padre vendía golosinas, hilos, botones, calcetines y un montón de pequeñas cosas que siempre tienen compradores. A veces Daniel lo reemplazaba, después de sus clases; recuerdo haber pasado a saludarlo, solo por el gusto de conversar con él. Al llegar lo encontraba sentado en la misma silla de



su padre, con un libro abierto en sus manos. Me miraba con la expresión de salir de otro mundo, de aterrizar a mi lado y me ofrecía una sonrisa cansada o burlona. Nunca se le ocurrió regalarme un bombón. En cambio, su conversación era rica, marcada por comentarios humorísticos o críticas despiadadas. Era aficionado al teatro y conocía, de cerca o de lejos, a la gente que se movía en el ambiente teatral. Pero lo que le interesaba realmente era el estudio de la sociedad chilena y sus juicios críticos hacia los oligarcas nacionales y la alta burguesía industrial, sin olvidar los terratenientes, eran sumamente duros. Recuerdo haber discutido con él un día, porque me dijo que los árabes enriquecidos en la industria textil formaban parte de la oligarquía bancaria del país, “si no me crees pregúntaselo al marido de tu tía”, concluyó.

La verdad es que Daniel tenía los pies en la tierra mientras que yo planeaba un poco. Desde joven escogió la defensa de los desposeídos.

Eran dos jóvenes rubios que se destacaban donde estuvieran. Él era delgado, desgarbado, de rostro amable y sonrisa fácil. Ella era bonita, de largos cabellos y ojos verdes. A diferencia de su hermano, Rebeca era seria, polémica, de mirada dura e inteligente. Los que se le acercaban, atraídos por su figura dorada quedaban prontos desconcertados

y terminaban alejándose. Los que la conocíamos, admirábamos su carácter sólido, valeroso, sus ideas bien estructuradas que ella exponía con pasión y claridad. Como su hermano, amaba el arte, sobre todo la música. Por curioso que parezca fue en este terreno de la música que Rebeca y Jalil, mi hermano, se conocieron. Creo recordar que fue en un concierto coral de canciones de Medio Oriente. El entusiasmo y la alegría se apoderaron de mi hermano por algún tiempo. Luego se volvió callado y taciturno. No sé qué pasó.

Desde el fondo de un rostro apergaminado, una mirada chispeante de inteligencia me observó durante unos segundos. Rebeca sonrió y la encontré más hermosa que en su juventud.

-¿Cuál de los dos es el errante, Yassin? ¿Tú, que no paras de caminar por el mundo o yo que no he salido nunca de esta tierra natal?

Su voz era algo ronca y hablaba lentamente. De una sola pincelada me envió a nuestros orígenes semitas. Rebeca estaba por sobre los valores patrióticos o nacionalismos. Rebeca era identidad y ética, como su hermano Daniel. Eso explica que él se haya comprometido a fondo en la defensa de los campesinos pobres y los mapuche, desposeídos de sus tierras, explotados, maltratados, humillados.

Siendo muy joven, al comienzo de sus estudios de Agronomía, Daniel había sentido la inquietud espiritual de acercarse a la comunidad judía de Santiago y había asistido a unos cursos de lectura de la Torá. Desde su niñez su padre lo había iniciado al estudio de los libros de la enseñanza divina y ahora que su padre ya no existía quería reencontrar esta enseñanza. Sin embargo, pronto no estuvo de acuerdo con las interpretaciones del profesor y al querer iniciar un cambio de ideas al respecto, se encontró con la intransigencia y la cólera del responsable. Fue acusado de introducir ideas erróneas en el grupo y se fue antes de que lo despidieran. Esto lo llevó a una posición laica y pragmática frente a la existencia, optando por una actividad social y política, que tendrá ocasión de ejercer en los años del gobierno de Allende.

Funcionario de la Corporación de la Reforma Agraria, Daniel se trasladó a Temuco, con su familia, en 1971, para realizar su trabajo en el terreno mismo del conflicto: campesinado rural/terratenientes. Rebeca quedó en Santiago, donde vivía sola desde la muerte de su madre. Era profesora primaria en Renca.

Nos recibió en su pequeño departamento, situado en una extensa población de la comuna de El Salto. Había pasado mucho tiempo desde aquel

día en que Eliana y Said llegaron a su casa, pero lo recordaba nítidamente. Decidió llevarlos a un lugar seguro y al mismo tiempo entrar ella también en la clandestinidad. Sabía que un día u otro llegarían a golpear a su puerta y se la llevarían. No por ella, inofensiva y sola, después de que la mujer y la hija de Daniel partieran al exilio, sino por su hermano que había trabajado activamente en la región de Temuco, en el programa de la Reforma Agraria. Ese era el método de la DINA, si no encontraban al perseguido tomaban a un familiar o amigo para sacarle informaciones y presionar al fugitivo. Esto creaba un ambiente de terror y sucedió que un militante de izquierda se encontrara con puertas cerradas o que un amigo lo evitara en la calle.

-Cuéntale, Rebeca, lo que te pasó a ti antes de irnos al sur.

Rebeca sonríe. Estamos sentados a una mesa de mantel blanco, de tela sintética. Nos sirve una taza de té y nos ofrece pasteles chilenos, esos rellenos con manjar blanco que me producen en el paladar una fuerte y nostálgica necesidad de probarlos. Rellenan el pequeño salón la mesa donde estamos sentados con sus cuatro sillas, un sofá, una antigua mesa negra de tres patas arrimada a la pared y cubierta con adornos y algunas fotos. En un ángulo del saloncito, un estante lleno de libros.

El televisor estaba en su habitación, según me diría después Eliana.

Era una escuela pobre, en un barrio pobre de una comuna pobre, pero tenía todas sus clases de preparatoria, de la primera a la sexta y la Directora, entregada a su tarea con un fervor infatigable había conseguido del Ministerio que los niños desayunaran en la escuela todas las mañanas. En su oficina guardaba los paquetes de leche en polvo, además de los cuadernos y para la Navidad, los juguetes que se regalaban a los niños. Rosa, la cuidadora de la escuela, preparaba todas las mañanas una gran olla de leche que serviría a los cerca de cien alumnos, junto con un pan caliente que el panadero traía al amanecer.

Fue a este lugar que llegaron aquella tarde Rebeca, Eliana y Said, cuando la escuela ya había cerrado sus puertas, al final de las clases de esa jornada. Rosa era una mujer valerosa y compasiva, una mujer del pueblo que se debatía para hacer llegar hasta el fin de cada mes el pobre salario que su marido aportaba.

Había, entre los profesores, uno que no ocultaba su alegría de que se hubiera detenido el complot de los comunistas que querían, por las armas, convertir a Chile en un estado marxista,

aliado de la Unión Soviética. La Directora, Rebeca y los otros optaron por la discreción y el silencio. Eso no impidió que un día llegaran hasta la escuela unos carabineros que venían por dos “elementos marxistas”, según dijeron. Entraron en la sala donde Rebeca daba su curso y sin miramientos, la sacaron de allí. Además pusieron en guardia a la Directora de que no llevara a cabo ninguna actividad contra la Junta militar.

-¿Te tomaron presa? Pregunté, afligido.

No, sólo la habían expulsado de la enseñanza y la intimidaron a quedarse tranquila. Sabían que no militaba en ningún partido, por el momento bastaba con asustarla. Privada de su trabajo y de su sueldo ella improvisó, como miles de otros chilenos, una manera de subsistir. Todas las mañanas, al amanecer, partía en bicicleta al mercado y compraba huevos y verduras que luego vendía, de puerta en puerta. Así se hizo de una clientela y pudo organizar su trabajo, comprando y vendiendo a personas que no podían salir.

Situada en los alrededores de Santiago Renca había sido, en la época colonial, un agradable lugar propicio para que huertas y chacras pintaran la tierra con los variados colores de las hortalizas. El suelo era generoso y el regadío abundante. Antes de

los españoles, los indígenas construían canales para llevar el agua a los caseríos distantes.

Esa noche, cuando todos se disponían a dormir, Said salió de la escuela y tomó por una calle en mal estado, con baches, angosturas y deformaciones que se dirigía a la falda de un cerro. A más de un kilómetro de la escuela la luz amarillenta de un almacén iluminaba la vereda y parte de la calle. Unos hombres que se juntaban en el interior del negocio a fumar y beber, vieron salir de las sombras un muchacho que atravesó el foco de luz y se perdió otra vez en las sombras. Ese camino pasaba cerca de un viejo canal. En el lapsus de unas dos horas que el almacén estuvo aún abierto nadie vio volver al muchacho ni se oyó ruido de motores rondando por el lugar. Era una noche oscura y callada.

Eliana y Rebeca lo buscaron durante días, preguntaron en la Alcaldía y en los lugares adonde desembocaban las aguas de los canales, pero nadie supo nada. Said desapareció.

-¿Por qué se fue? Pregunté, consternado.

-No soportó lo que estaba pasando, respondió Rebeca.

-¡Pero estaba libre!

-Estaba traumatizado -dijo Eliana- No se sabe lo que pasó esa noche en el Estadio Chile, cuando lo encontré a la mañana siguiente no logré sacarle ni una sola palabra.

No sé cuánto tiempo duró nuestro silencio. Yo sabía más de lo que hubiera querido saber. No sé cómo contar todo esto a Gina, cómo embellecería su muerte. Hubiera querido que nunca existiera esa noche siniestra en la que mi hijo caminó por un desecho de calle que iba a dar a un canal de aguas sucias y él sin querer detenerse porque ya la copa estaba llena y la vida no tenía sentido ni belleza.

Quedé ensimismado sin prestar atención a la conversación de las dos mujeres. Por fin Rebeca consiguió que la escuchara.

-Yassin cuenta, ¿Qué fue de ustedes después?

-Después de unos días nos asilamos en la Embajada de Suecia. El primo de Georgina, donde estábamos, nos dijo que las embajadas de Argentina y México estaban llenas de gente y también la de otros países sudamericanos, por el convenio de asilo político que Chile tenía, desde hacía décadas, con varios países de América Latina. Hacía más de un mes que no sabíamos de Said cuando nos avisaste que había desaparecido. En la embajada



nos dieron un salvoconducto y partimos a Suecia, desde allí partimos a Argelia donde nos esperaba mi hermano.

Y puesto que Rebeca me lanzaba el tema, me filtré por las rendijas de la memoria y les conté de nuestra llegada, como almas en pena, a la tierra argelina. Tierra generosa, pronto nos dio trabajo y un lugar donde vivir. Karim, por quién vivíamos ahora, aprendió en pocos meses el árabe argelino y eso lo llevó a hacerse de amigos e integrarse a los otros niños del vecindario ¡qué maravilla el alma de los niños! Como si hubiera dejado en Chile sus miedos y penas se entregó a su nueva vida con naturalidad, entusiasmo y exclusividad. Vivíamos en Argel, en una extensa Cité llamada Lavigerie. Allí conocimos a otros exiliados chilenos, brasileños, argentinos y la verdad es que no nos sentimos nunca solos. El recuerdo de Said era permanente pero el presente empezó a imponerse poco a poco y nos fuimos reconstruyendo.

Creo que en Argelia volví a nacer por tercera vez. La gente acogedora y el entorno internacional de revolucionarios y exiliados se prestaba a ello. Había representantes de los movimientos africanos que luchaban por su independencia, había palestinos de la Fatah y chilenos de los diversos componentes de la Unidad Popular. En las Peñas que se organizaban

periódicamente Georgina encontró a gente conocida. Se hablaba de Amilcar Cabral, del Che Guevara, de Salvador Allende, de Yacer Arafat. Vivir en un país que había vencido al colonialismo nos daba la sensación de que todo era posible, de que también un día venceríamos las dictaduras que ahogaban a nuestros países. Sí, en verdad, nuestro espíritu renacía, ¡Qué años aquellos!

Con mi hermano Kamal nos veíamos a menudo, en un comienzo él llegaba hasta Argel, luego pudimos comprarnos un auto de ocasión y éramos nosotros los que íbamos a Annaba. Allí él trabajaba en la industria argelina de siderurgia. Meriem, su esposa era argelina y Kamal había adquirido la nacionalidad. Los años pasaron, vi crecer a mis sobrinos, Karim pasó del colegio al liceo, del liceo a la Escuela Politécnica de El Harrach. Vivíamos tranquilos y en seguridad. Nos sentíamos integrados al país.

Pero ese ambiente se fue apagando y cuando se fue la última familia chilena, en 1985, ya se anunciaban los vientos de la tormenta que caería sobre Argelia. El 88 se entró en un movimiento de rebelión social, de violencia, de muerte. Karim en ese entonces realizaba estudios de ingeniería. Nosotros leíamos el diario argelino, queríamos entender lo que pasaba. Leíamos también análisis extranjeros,

buscando forjarnos nuestra propia opinión. Sabíamos cómo se deforman los acontecimientos, cómo se miente. Sabíamos cómo había mentido Israel cuando dijo que los palestinos se fueron voluntariamente; cómo había mentido el gobierno egipcio el 73, informando a los pueblos árabes que los egipcios avanzaban por Sinaí y que los judíos serían pronto aplastados; cómo habían mentido los militares en Chile inventando la existencia de un plan Z, según el cual el gobierno de Allende buscaba armarse para imponer un gobierno marxista.

Entramos en unos años muy difíciles. Leyendo a un escritor argelino, Mouloud Feraoun, encontré en su Diario, un día del año 1955 esta frase “l’atmosphère n’est plus ce qu’elle était”. ¿Cómo no pensar que las sensaciones de angustia, que los malos ambientes se repiten en este país golpeado nuevamente por una situación de guerra? Reencontramos en la gente el miedo que habíamos conocido en Santiago después del Golpe. La prensa actuaba como una enorme máquina que producía altos y bajos en los estados anímicos de la población: de la esperanza cuando se informaba que los terroristas estaban siendo arrinconados se pasaba a la desesperación al anuncio de una masacre o de un atentado. El horror había caído como lluvia de cenizas sobre el país y la muerte rondaba por calles y caminos, por aldeas, pueblos y ciudades.

Karim consiguió inscribirse en una universidad de París y el día que lo fuimos a dejar al aeropuerto una bomba estalló dentro de un bus, en Ben Aknoun y otra en un mercado de Tipaza. Con Georgina lloramos en silencio al regresar a nuestro departamento, que sin el hijo nos pareció vacío.

Cayó en mis manos un ejemplar del diario español El País donde el escritor Rafael Argullol escribió un artículo llamado “El concierto”. Se refería a los conciertos de música clásica que se daban frente a un público de personalidades militares, bajo banderas y esvásticas: “No ha habido en la historia una más eficaz propaganda del horror que la que se ha camuflado en la expresión de la belleza”. Esto diferencia al fascismo hitleriano alemán del islamismo integrista: no hay belleza ni arte en la violencia terrorista del islamismo radical.

Quedé en silencio al ver la expresión de tristeza de mis dos amigas. “Nunca imaginé que fuera tan terrible”, dijo Eliana. “Fue terrible porque, poco a poco la violencia fue cayendo sobre todo el mundo, fueron años indescriptibles”, dije.

Con Georgina perdimos muchos amigos, personas con la que hacíamos nuestra vida cotidiana, nuestra vida de trabajo o amigos de salidas los fines de semana cuando nos íbamos de excursión

a algún lugar de Argelia. Nuestra vida cambió completamente, los exiliados regresaron a sus países y los argelinos, sea que partían al extranjero, sea que eran asesinados.

Amar era un fotógrafo que vivía en una ciudad chica, tranquila en invierno pero llena de animación en verano. Lo conocimos una tarde de Peña, en la calle Rabah Noël, adonde había ido por curiosidad, invitado por un chileno. Había sido profesor de árabe en Pekín y nos contaba que a pesar de vivir aislados, en una especie de fortaleza frente a Occidente, la vida en China era interesante, había mucho que ver y aprender. Pero un día-contaba- amaneció con deseos de ver a su país, a su familia y decidió regresar lo más pronto posible. En Hong Kong se había comprado un equipo fotográfico, lo más moderno del momento. Esto le permitió, de regreso a su país, lanzarse en un nuevo oficio. En su pueblo abrió una tienda de venta de aparatos fotográficos, películas y todo lo del ramo. Se hizo fotógrafo, iba de fiesta en fiesta, de ceremonia en ceremonia plasmando los grandes momentos de la vida de la gente. Tenía proyectos ambiciosos y esperaba que las cosas se calmaran para recorrer Argelia, cámara en mano.

Un día su pueblo fue atacado por los terroristas. Desde el amanecer cercaron las calles de salida y fueron introduciéndose en las casas, matando a los

que recién salían del sueño, persiguiendo a los que huían a las terrazas o se escondían en el fondo de una propiedad.

El cuerpo de Amar fue encontrado degollado y su tienda, saqueada. Lo conocíamos poco, pero la emoción que nos causó su muerte se rompió en un llanto por toda Argelia.

La situación mejoró a comienzos de los años 2000, pero el país había cambiado. Nadie nos echaba, pero nos sentíamos extranjeros, nos consideraban extranjeros. El exilio nos había convertido en apátridas. Ya no pertenecíamos a ningún grupo, a ninguna comunidad. Nunca como entonces comprendí eso de que el hombre es un ser social. Además, Argel se había reducido, el terrorismo había dejado la huella de su garra, la marca de su paso y esta marca era la religión. Al espíritu revolucionario de años pasados sucedía ahora la uniformidad religiosa. Éramos diferentes.

Cuando Karim nos arrendó un departamento en el sur de Francia nos fuimos al país donde vivía nuestro hijo. En Francia rompimos todo vínculo con nuestro pasado. Aceptamos vivir así, como dos viajeros que recorren el espacio, satélites de una tierra que observábamos desde lejos. Hasta que murió Fátima y mis entrañas se estremecieron,

sintiendo el llamado de mis raíces y queriendo apaciguar un extraño sentimiento de culpabilidad, sin saber de qué me culpaba y por qué. ¿En qué fallé? ¿Cuándo fallé?

Fui portador de un mensaje que tuvo el poder de abrir grande los ojos de Jalil, dejándolo pensativo. Rebeca quería verlo. “Dile que siento lo que le dije. Hoy día no pienso lo mismo.” No pregunté nada y él no dijo nada. Agregué “Ella piensa que quizás podríamos vernos uno de estos días”.

Estamos en el corazón del invierno meridional y estar lejos de Gina comienza a pesarme. La última vez que hablamos por teléfono me preguntó cuándo volvería. Quizás participar en el reencuentro de estas dos personas cuando ya las pasiones de la juventud han dado paso a la serena comprensión del otro sería un gesto que daría peso y valor a mi viaje a Chile. Me hice cargo que la vida le debía este regalo a Jalil, ese viejo roble que había reemplazado a su padre y a su madre cuando nos encontramos solos en Chile.

Nuestro padre era institutor en la pequeña ciudad de Lubyá, de donde era originario, al igual que la madre. Ella, mujer de poca instrucción pero de mente despierta, sabía que el futuro de sus hijas pasaba por la educación y puesto que en el pueblo no había escuela para niñas era necesario ir a una ciudad donde hubiera escuelas y colegios para niños y niñas. Habló con nuestro padre de



sus preocupaciones y estuvieron de acuerdo en dejar Lubyá, la casa, la familia y partir. En 1939 nos trasladamos a Jerusalén, ciudad mítica de mis recuerdos de infancia, visión dorada de unos años felices. El Qods tenía un ambiente animado y progresista que permitió a mis hermanas estudiar y vestirse al igual que las otras adolescentes. Mi madre usaba un pañuelo sobre la cabeza, siguiendo la tradición ancestral de su aldea, pero recuerdo que asistió algunas veces a reuniones de mujeres, cuando la vida política y social de Palestina se volvió más intensa y absorbente.

Palestina...Philistine, como la llamó Heródoto, la tierra de mis padres, las raíces de la familia...Yo era demasiado niño para comprender que nuestro bienestar era frágil y mi felicidad un préstamo que la vida me hacía para cobrarse con creces en mis años adultos. Hasta la Primera Guerra Mundial Palestina formaba parte del Imperio Otomano, al igual que el Líbano y Jordania. Después de la guerra, en 1922, la Sociedad de Naciones aceptó el mandato británico sobre la tierra palestina que contaba entonces con veinte ciudades y ochocientas aldeas. Éramos un pueblo sin entidad política, pero con nuestra lengua, nuestras costumbres, nuestra identidad.

Más allá del Mediterráneo comenzaba a gestarse la hecatombe que caería un día sobre el pueblo palestino: en 1917, el ministro británico de

Asuntos Exteriores, Lord Balfour, prometió al barón sionista inglés Rothschild, que apoyaría la fundación de un “Hogar Nacional Judío en Palestina”. Cuarenta años antes había nacido en Europa del Este un movimiento sionista formado por intelectuales judíos europeos.

Bajo el mandato británico la inmigración judía se fue intensificando lo que provocó la resistencia de los palestinos contra la autoridad inglesa. Esta, notoriamente, ayudaba a los judíos a instalarse en Palestina y ocupar tierras árabes. Hacia el comienzo de los años cuarenta nuestra familia ya estaba involucrada en esta resistencia: Jalil, que era entonces empleado en la compañía de ferrocarriles, fue despedido por participar en manifestaciones y huelgas. Fátima y su marido, un miembro de la resistencia, se vieron obligados de partir a Chile donde vivían familiares de él.

La actitud de los ingleses era pro-sionista y hostil hacia los palestinos, lo que causaba revueltas de éstos seguidos de represión y condenas a muerte por parte de la autoridad. Mientras tanto la inmigración judía en Palestina había aumentado considerablemente. Los sionistas se movilizaban contra los ingleses realizando atentados en las ciudades, pero también atacaban a los palestinos para obligarlos a abandonar sus pueblos.

Fue en este ambiente de guerra, cuando mi padre ya había perdido su trabajo de institutor y los encuentros entre judíos y palestinos se intensificaban en varias ciudades, que él decidió que Jalil, Sawsan y yo nos fuéramos a Chile. Kamal había partido unos meses antes a El Cairo, donde vivía un tío paterno. Estaba entendido que nuestros padres nos seguirían poco después. Pero no salieron nunca de Palestina.

Un día Kamal y yo tuvimos un sueño: poder visitar Jerusalén.

Era el año 1993 y habíamos suspendido nuestros desplazamientos por las peligrosas carreteras argelinas a causa del terrorismo. Nos hablábamos por medio del teléfono.

-¿Has visto en la tele a Rabin y Arafat que se daban la mano, en Washington? gritaba Kamal.

-Sí, lo vi, ¿crees que vendrá la paz?

-Rabin quiere terminar el conflicto con los palestinos.

-Rabin no es una paloma. Siempre ha considerado que un estado palestino sería un cáncer en Medio Oriente.

-Los políticos cambian, ha reconocido a la OLP como el representante del pueblo palestino.

-Sí y Arafat ha reconocido a Israel el derecho a la existencia, en paz y seguridad, declararé escéptico.

Yo sabía que estas declaraciones no serían aceptadas por Hamas y encontrarían una feroz oposición de la derecha israelí y de los colonos extremistas. Pero Kamal, desde Annaba insistía:

-Yassin ¿No quieres ir a Jerusalén?

-Ir a Jerusalén es mi sueño más profundo, respondí emocionado.

-Entonces, mi hermano, un día visitaremos nuestra casa.

Empezó un período transitorio durante el cual se negociarían muchos asuntos no resueltos todavía, entre ellos la cuestión de los refugiados, que es lo que nos interesaba. Pero nada positivo traía la prensa, sino todo lo contrario. En febrero del 94 un colono entró en el Panteón de los Patriarcas y mató a veintinueve palestinos, hiriendo a ciento veinticinco. Hamas respondió con una serie de atentados que en más de un año llevaron a setenta y seis israelíes al otro mundo

Cuando el trece de septiembre de 1995 un judío extremista asesinó a Yitzhak Rabin en plena manifestación de apoyo a la paz, en la Plaza de los Reyes de Israel, los sueños de Kamal y los míos se rompieron brutalmente, golpeados por la fuerza del

odio que animaba a una parte de la sociedad israelí y a una parte de la sociedad palestina.

En medio de ese ambiente de pasiones negativas en la que el mundo estaba sumergido, como una flor de invierno en un desierto helado, el amor afirmaba su derecho a existir. De pronto, hacia mediados de septiembre de ese año del 95, Karim nos anunció su llegada para el día siguiente a Argel. Que tenía una semana de vacaciones, nos dijo, y era la ocasión para vernos y encontrar a los amigos. Con Gina nos sentimos felices, con él volvía a la casa la música, la gente joven y el teléfono que no paraba de sonar. Destaqué pronto entre toda esa juventud, a una bonita joven por la cual mi hijo tenía miradas especiales. Pero nos inquietaban las salidas nocturnas de ese grupito que iban, según decían, a bailar unas horitas a la única discoteca que quedaba en Argel, a ocho kilómetros de la ciudad, en Sidi Ferruch.

¡Admirable juventud que se burlaba de la muerte en un mundo de fanatismo y de fealdad!

Antes de que fijara la fecha de mi regreso a Francia, Jalil me pidió que transmitiera su respuesta a Rebeca “Me encantaría volver a verte. Dime el día y el lugar”. Dejando tiempo para este reencuentro, porque, claro, yo me hacía ya de la partida, fijé mi viaje para una semana más tarde, un día lunes. Así

fue como, a la salida del Metro, en la Plaza Italia, Jalil y Rebeca volvieron a verse, treinta años después de su discusión olímpica. Eliana y yo hacíamos de soporte emocional. Nos fuimos a un Café, justo al frente de la estación del metro. Era una sala grande con muchas mesas; nos aislamos en un rincón.

A medida que Rebeca avanzaba en su relato, apoyada por observaciones o gestos de cabeza de Eliana, íbamos penetrando en la densa y arbolada región adonde se habían refugiado los Mapuche después que llegaron unos hombres uniformados a sacarlos violentamente de la tierra que uno o dos años antes habían tomado, ayudados por funcionarios del gobierno de Allende en una operación de expropiación. Una guerra implacable había caído sobre las tierras del sur. Campesinos de extrema pobreza, entre ellos muchos Mapuches eran ahora expulsados, golpeados, asesinados por la autoridad militar ayudados por civiles, dueños de fundos.

Daniel era uno de los que había aplicado la Reforma Agraria y combatido el sabotaje económico de los terratenientes. Estos respondían al gobierno socialista con una actitud de manos caídas, al suspender el trabajo rural. Muchas miradas llenas de odio habían fijado en su retina la figura delgada, ágil y apasionada del humanista Daniel Rabinowitz. Para la clase dominante, Daniel era un extremista.

Rebeca y Eliana habían partido a Temuco después de quedar tres semanas en Renca buscando, sin resultado, los restos de Said. En el sur fueron informándose de la represión que caía sobre los campesinos mapuches, jóvenes y adultos que eran golpeados hasta el grado de que muchos morían de sus heridas tiempo después. Otros eran sacados de sus casas y fusilados. Para Carabineros y fuerzas militares se trataba de encontrar las armas con las que los Mapuche harían su guerrilla. El mito que la historia chilena había levantado, con orgullo, del araucano indómito y guerrero era ahora utilizado para mostrar una rebelión criminal que había que aplastar en sus comienzos.

Rebeca comprendió pronto que no encontraría a su hermano en la ciudad. La fuerza de la represión estaba en el campo. Alguien le sugirió que se fuera a la pre-cordillera, allí vivían comunidades mapuche y muchas familias y personas del Movimiento Campesino Revolucionario se habían ido para esa zona. La gente, compasiva, las orientaba y las alojaba en esa búsqueda angustiante en medio de una naturaleza boscosa y lluviosa. Tiempo difícil de vivir. Pasaban por comunidades que habían visto a Daniel, pero no sabían dónde estaba ahora. Contaban que a aquellos que habían trabajado con él en las expropiaciones, los torturaban a muerte delante de su comunidad y frente a su familia. Era la venganza de la oligarquía terrateniente y de la dictadura fascista.

Hasta que encontraron a los últimos que habían visto a Daniel. Contaron que llegaron camiones del Ejército y que rodearon toda la comunidad. Contaron que penetraron gritando, insultando, abriendo las puertas a patadas. Daniel fue llevado al centro del lugar, un espacio abierto donde los mapuches se reunían y donde tenían su lugar ceremonial, el rehue. Algunos hombres fueron golpeados, a los que trataban de escapar les disparaban, dos fueron fusilados. A Daniel no le hacían nada, sólo lo insultaban y disparaban cerca de él, como para asustarlo.

Al cabo de un tiempo llegó un helicóptero, del que descendió Máximo L. un conocido terrateniente. Este fue directo donde Daniel, lo golpeó, lo pateó y aún así Daniel respondía: “hemos devuelto la propiedad agraria, según la ley, a las comunidades mapuches víctimas de tierras usurpadas. Esta gente tiene derecho a vivir dignamente en la tierra de sus antepasados”. Mientras que Daniel pudo hablar siguió diciendo que los Mapuche tenían derecho a su tierra.

Rebeca interrumpió su relato. Encogida, con la cabeza baja, era la imagen del dolor.

Lo hicieron subir al helicóptero, continuó, y lo tiraron desde la altura al vacío. Fue un asesinato secreto, los que lo vieron subir, no podían afirmar



que no llegó a la base militar. Pero nadie volvió a verlo. Desapareció. Los ojos brillantes de lágrimas se fijaron en Jalil. “Murió afirmando el derecho a vivir en la tierra ancestral. Hace años te dije una barbaridad, Jalil, te dije que no había más remedio que sacar a los palestinos de su tierra para que naciera el estado judío. Hoy no pienso lo mismo, creo que ninguna razón justifica el crimen de matar, expulsar, deportar a la gente para apoderarse de sus tierras. Lamentablemente, la historia de la humanidad es una sucesión de crímenes y violencia para apoderarse de la tierra ajena.”

Esta noche es la cena de despedida y he insistido en participar en la organización. Por la mañana me fui al mercado y compré carne molida, pollos, verduras. Hay un aire alegre en la casa de Patronato, a Jalil, con sus 83 años le ha renacido el corazón. La semana próxima irá a un concierto con rebeca. La ternura y la compañía son los mejores componentes del amor crepuscular. Samia siente crecer la vida en sus entrañas, adormecidas hasta hace poco. A mí me ilumina la idea de que dentro de tres días estaré con Gina, en nuestra casa. Curioso decir nuestra casa cuando Francia no es nuestro país. No importa, nuestra casa es el lugar donde estamos los dos, el mundo se reduce a un salón, una pieza y un balcón. Podemos imaginar que estamos en Santiago, Argel o Jerusalén.

Aún Sabah parece contagiada con la luz que trae este día frío, pero luminoso. Se paró frente a un estante donde hay adornos, fotos y libros. Levantó su brazo lentamente y me señaló un viejo libro de fotografías. Recordé de inmediato que cuando ella era niña le comentaba esas fotos, que describían a Chile de norte a sur: paisajes, el desierto, la montaña, los puertos, personajes típicos y así hasta llegar a las Torres del Paine, en el Gran Sur. “¿Te acuerdas, Sabah?” le dije, y abrí el libro. Con una leve sonrisa, ella dio media vuelta y se alejó.

Esta mañana, al ir de compras, observé los cerros a lo lejos e, igual que en mi juventud, me sentí atraído por esas laderas de color oscuro que de una manera u otra, abrazan la ciudad y la región. Pocas veces subí al cerro San Cristóbal y no fue a pie sino en funicular. En Argel me consolaba de no ver mis cerros cuando iba a Chrea, cerca de Blida. Pero también fui pocas veces.

Antes de que lleguen Sawsan y Tawfik me miro al espejo y me encuentro buena cara. Una mariposa aletea en mi interior. El tiempo de mi estancia en Santiago se cierra y sé, sin pensarlo realmente, que es la última vez que estaremos juntos. Es mi familia, son parte de mí, pero no puedo sino continuar mi camino, ese camino que comenzó cuando tomamos el avión para viajar a Suecia, rotos, abrumados, dejándonos llevar por una fuerza mayor. Por mucho

que digamos que hemos ganado en experiencias al conocer muchos países, que somos ciudadanos del mundo no podemos nunca apagar esa voz interior que nos dice que el mejor lugar para envejecer es aquel de los primeros años de tu vida.

Después de los brindis, de la buena comida y de las anécdotas graciosas que contábamos de nuestra vida actual, digo de pronto, acordándome de Kamal, que un día creímos que podríamos volver a visitar nuestra casa en Jerusalén.

-Nuestra casa ya no existe- dice Jalil, cortante. Fue destruída en la guerra del 67, la llamada “guerra de seis días”. Israel invadió Sinaï y Ghaza y tomó la parte árabe de Jerusalén. Entonces nuestra casa cayó bajo las bombas y la Cisjordania y el Golán pasaron a manos de Israel.

Todos guardaron silencio.

-No lo sabía, murmuré.

-Pensabas que con Itzhak Rabin vendría la paz y quizás nacería un estado palestino, continuó Jalil. Yo también lo creí un momento, pero me fui a la Biblioteca Nacional y empecé a leer. Ahí supe de cómo nos expulsaron de la tierra. Bajo las órdenes de Ben Gurion, Rabin e Igal Allon llevaron a cabo operaciones de expulsión en Lydda y Ramleh, en julio de 1948. Llevaron a cabo ejecuciones y pillaje en

una población de setenta mil civiles. Los expulsaron de sus pueblos. Eso lo leí en el libro de un historiador judío, Benny Morris, quien denuncia las masacres, da una lista de las aldeas masacradas en ese año de 1948, cuando nuestro padre preparaba nuestra partida a Chile. Sin embargo, escuchen bien, ese mismo Benny Morris concluye que “era necesario limpiar de palestinos el interior de las tierras, de las zonas de frontera, de las rutas principales. Era necesario sacarlos de sus aldeas, de sus propiedades, expulsarlos para que naciera el estado judío”. Ni más ni menos que lo que pensaba Rebeca antes de que su hermano muriera por defender a los campesinos pobres a quienes usurpaban sus tierras.

De pronto, por primera vez comprendí en qué ambiente terrible de guerra vivían nuestros padres y cómo, queriendo salvar nuestras vidas, nos habían hecho partir primero. Una ola de emoción me invadió.

-¿Qué sucedió a nuestros padres?, -pregunté.

Y Jalil nos cuenta. Una semana antes de la partida mamá quiso ir a despedirse de su familia. Fue entonces cuando se supo que en la región de Galilea, entre Nazaret y Tiberiade había aldeas atacadas por Israel, como Nimrin e Hittin al norte y Al-Shajara al sur. Inmediatamente mi padre me dijo que partiera

con ustedes a Chile y él retardaba su viaje para ir a buscar a su mujer y su familia. El creía que sería posible que abandonáramos todos Palestina. Pero en la aldea ya se habían producido actos de agresión y la gente había comenzado el éxodo.

En 1982 partí a El Líbano, porque supe que unos primos paternos se encontraban en ese país en un campo de refugiados, continúa Jalil. Allí los encontré, en un lugar en que nadie merece vivir, triste y atestado de palestinos convencidos de que algún día volverían al país. Me contaron que la familia de nuestra madre no quiso partir porque el abuelo era un hombre enfermo y viejo que no podía viajar. Todos murieron cuando los israelíes terminaron de vaciar la aldea de sus habitantes. De nuestro padre no supieron decirme nada.

Ellos, los Maaruf, habían salido de Lubyá, escapando de la masacre que había destruido su pueblo. Primero se hacinaron en la frontera, viviendo en tiendas y después se fueron al Líbano, refugiados. En esos años de los ochenta todavía esperaban poder volver a Palestina. Pero yo sabía que no volverían nunca, los de mi generación ya no existen y sus descendientes no conocerán el pueblo de sus antepasados, si llegan algún día a entrar en Palestina.

Jalil nos mira y nos explica: un bosque de

pinos cubre hoy día lo que fue nuestra aldea y forma parte de un gran espacio boscoso llamado Lavie. Con esto cumplen los israelitas el plan de negar la existencia palestina anterior y ocultar los crímenes de la Nakba Son sesenta años de violencia, de infamia y de injusticia, Yassin. A la resistencia palestina la llaman terrorismo, ¿cómo se llama lo que ellos hacen? Levantan muros, quitan la tierra y quitan el agua, construyen colonias en el territorio otorgado a los palestinos, agreden y humillan.

Bueno, mi hermano, no vamos a entristecer esta cena que te ofrecemos. Aquí quedamos tus hermanos, tu primo Tawfik, tu sobrina y Esteban y cuando vuelvas la próxima vez encontrarás a otro miembro de la familia. ¡Vuelve pronto!

No estoy triste. Solamente estoy consciente de que esta cena es un momento especial. Quiero decir algo, quiero agradecerles su presencia, su afecto, su existencia misma pero no me sale palabra. Una imagen me viene de cuando era niño, de mi primera infancia. Entonces digo:

-Me acuerdo del tío Amin, cuando iba a su campo de olivos y me llevaba con él. A lo lejos brillaban las aguas del lago.

-Los Maaruf eran dueños de los olivares más grandes de la región, dice Jalil.

Miro a mi hermano, veo su rostro cansado pero sonriente. Comprendo que la vida me da una última oportunidad. Me acerco a él y lo abrazo:

-Gracias Jalil, gracias por todos los momentos que estuviste a mi lado cuando lo necesité. Gracias por todas las veces que no te lo dije.

El viejo roble se conmueve, pero nos reponemos pronto. Fueron momentos únicos que hacen bien al alma.

Cuando dos días después, en el aeropuerto, me despedí de Jalil, Sawsan, Samia y Esteban, comprendí con un gran alivio que había encontrado la palabra y el gesto que me había faltado decir. Entonces repetí a todos “gracias” y con paso rápido me dirigí a la fila para pasar el control de la policía.

Clichy-la-Garenne, febrero 2017.

